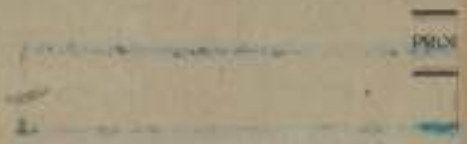
Num 15

LLOYDS DE LONDRES



GRAFICA MINERVA - Rosellón, 207 - Teléfono 7

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA
EDICIONES ESPECIALES
Serie Triunfo
Director: FRANCISCO - MARIO BISTAGNE
Ediciones BISTAGNE - Pasaje de la Paz, 10 bis - Tel 16843 - Barcelona

" Lloyds of London "

Lloyds de Londres

Magnífico y emotivo asunto de heroísmo y amor

Dirección de
HENRY KING

Es una película de la prestigiosa firma
20th Century - FOX

Distribuida por
HISPANO FOXFILM, S. A. E.
Valencia, 280 - BARCELONA

Argumento narrado por Ediciones Bistagne

Junio 1940

PRINCIPALES INTERPRETES:

Tyrone Power
Madeleine Carroll
Freddie Bartholomew
Sir Guy Standing
etc. Georges Sanders

Lloyds de Londres

Argumento de la película

El pueblecito de Norfolk, en la costa este de Inglaterra, era, por allá el año de gracia de 1770, un grupo de miserables casuchas de madera agrupadas a los pies del viejo castillo señorial que parecía retenerlas en torno suyo con la magia de su poderío para apartarlas de las olas enfurecidas del canal que iban a morir en sus playas, avergonzadas de no poder arrebatar con aquellas casuchas y aquellas gentes que iban, a veces, a robarle sus tesoros.

Pescadores, aventureros, traficantes, piratas, recalaban en aquella playa solitaria y tranquila donde hallaban unos descanso a su trabajo horrendo, otros abrigo a sus fechorías, todos unos días de paz y de calma después de las luchas sostenidas en el Océano, contra los elementos y contra los hombres, pues en aquellos tiempos, como en los nuestros, era el mar ancho campo de batalla continuada y peligrosa.

En el pueblo, una única taberna: la de la tía Blake, vieja gruñona, amante del vino, que pasaba la vida maltratando a sus clientes y dando porrazos a su sobrino, el pequeño Jonathan, que era su único ayudante en los quehaceres del tabernucho.

En el castillo, la noble familia de un rico heredero de mil generaciones, hay padre de seis o siete muchachitos, varones y hembras, a los que educa en la más rígida severidad, en los principios más estrictos del deber, del honor, de la religión y de la Patria.

Jonathan Blake no temía a su tía, pero temía y envidiaba a los piratas que iban a veces a beber vino al tabernucho y a los que escuchaba escondido en un rincón, soñando en aquellos mares de que hablaban, en aquellos botines que perseguían, en aquellas luchas sostenidas con la armada inglesa, aquella ar-

mada que el muchachito creía invencible.

Aquella noche habían ido dos hombres de mala catadura y peores modales a beber vino a la taberna de la tía Blake. Hablaban con voz sorda y malhumorada y miraban recelosos a todas partes, como si estuvieran tramando algún asalto y no quisieran que nadie pudiera sospechar de ellos.

Jonathan, escondido tras una de las columnas del tabernucho, escuchaba a aquellos dos hombres, mirándoles con sus grandes ojos negros, aquellos ojazos expresivos en los que brillaba la luz de una inteligencia precoz y despierta.

—Esta noche daremos el golpe—dijo uno de aquellos hombres—. Los dos barcos piratas están amarrados en la ruda; traen enorme botín; iremos a ellos y en pocos momentos el dinero será nuestro.... Luego, ¡ja más, haremos desaparecer el "Maggie-O" y todo el botín habrá ya pasado a nuestras manos y estará en el "Seahorse"...

Jonathan Blake no quiso escuchar más, mejor dicho, no pudo escuchar más, porque fué descubierto y amenazado por aquellos dos hombres; al marcharse los cuales recibió tan fuerte empellón de su tía, por haberles cobrado en moneda extranjera, que había ido a parar en mitad del arroyo midiendo con su cuerpecito endeble y delicado el duro suelo de la calle.

Y corrió hacia el castillo, corrió desesperadamente en busca de su gran amigo, de su mejor amigo, de su compañero fiel, del hijo menor del señor del castillo, de Horacio Nelson, con el que jugaba a todas horas, con el que hacía maravillosos proyectos para el porvenir y con el que corría todas sus aventuras de niño acostumbrado a vivir en un ambiente de piratería, de maldad y de aventura.

En el salón familiar del castillo la familia se hallaba reunida. El padre enseña la lección de doctrina a sus hijos que le escuchan un poco distraídos, porque ya el sueño comienza a cerrar sus ojos y tienen ganas de ir a acostarse y dormir tranquilamente en sus camitas de príncipes. Horacio es el que está más distraído de todos, pero no porque tenga sueño, sino porque espera escuchar la señal convenida para correr al parque y jugar con Jonathan Blake a algunos de aquellos juegos que tanto les apasionan y que les convierten ya en hombres cuando apenas son unos chiquillos.

En efecto, no tarda en resonar a lo lejos un extraño silbido que Horacio escucha con atención, mirando receloso a su padre por temor a que éste se dé cuenta de ello y le obligue a quedarse en el salón hasta que los criados hayan echado del parque a aquel chiquillo desarrapado que viene cada día a jugar con él y al que su padre odia por su condición plebeya y por sus antece-

dentes familiares que no son lo bastante honrosos para que pueda consentir en una amistad que él juzga perniciosa para su hijo.

Horacio Nelson aprovecha el momento en que su padre les obliga a arrodillarse a todos para entonar las preces nocturnas, y se escabulle silenciosamente del salón y baja precipitado la escalera y corre por el parque hasta el grueso árbol gigantesco que está a la entrada y en cuyo tronco, resquebrajado por el tiempo, se esconde siempre Jonathan para no ser sorprendido por los criados del padre de Horacio Nelson.

—¿Qué ocurre? — pregunta Horacio llegando al árbol punto de sus citas con su amiguito.

—En la rada hay un barco pirata... Quisiera ir a verlo y he pensado que a ti también te gustaría venir... Por eso vengo a buscarte—replica Jonathan.

—¿Un barco pirata? — murmura el pequeño Horacio, sobrecogido de terror—. No puedo ir... Mi padre me tiene prohibido juntarme contigo...

—Tienes miedo, ¿eh?—dice Jonathan despreciativamente—. Tienes miedo a que te den una paliza...

—¡Cuidado con lo que dices!—exclama Horacio, irguiéndose con orgullo.

—Te desafío a venir conmigo a la rada a ver el barco pirata.

—Y yo te desafío a... que subas conmigo al barco... para verlo más de cerca... — replica Horacio, dándoselas de valiente, pero temblando de pánico interiormente.

—¡Subir al barco!... ¡Nos tirarán por la borda!... — exclama el desarrapado chiquillo al que aquello parece ya audacia increíble.

—¿Tienes miedo?... ¡Tú harás lo que haga yo!... ¡Me seguirás donde yo vaya... o te daré un puñetazo en la cara! —grita Horacio, dejándose llevar por su orgullo de raza—. Este ha de ser el pacto.

—Está bien—contesta Jonathan tras un breve instante de vacilación—. Está bien... Sellemos el pacto... Toma mi mano.

—¡Chócala, muchacho! — dice Horacio estrechando la mano de su amiguito en un gesto muy de hombre.

Y aunque a los dos les palpita el corazón con fuerza por aquella arriesgada aventura a la que van a lanzarse, marchan con paso firme y decidido a la playa, suben a un bote y reman con fuerza hacia el lugar donde los dos barcos piratas están anclados, guiándose por la débil luz de las estrellas en aquella noche cerrada y obscura que envuelve en un manto negro la playa inglesa.

—¿No ves nada? — pregunta Jonathan que es el que rema, porque de los dos es él únicamente el que conoce el mar de cerca.

—Sí... veo la proa de un barco...

—¿Qué nombre lleva?

—Arrímate más... no me alcanza la vista para leerlo... Ahora... Es el "Seahorse".

—A su lado debe estar el otro... ¿Lo ves?

—Sí, sí... Ahí está... El "Maggie-O".

Hablan los dos en voz tan baja que parece un susurro. Casi podría decirse que habían más fuerte sus corazones; tan precipitadamente y con tanta fuerza les laten que ellos mismos piensan van a saltárseles del pecho.

Después de amarrar bien el bote suben por la escalerilla que conduce a la cubierta del "Maggie-O" y miran con recelo en todas direcciones, temiendo verse sorprendidos por los piratas que darán de ellos buena cuenta si llegan a descubrirles.

—No hay nada... Parece un barco desierto... —murmura Horacio que va delante para demostrar a su amigalito que no tiene miedo.

—¡Qué extraño!... ¡Nadie a bordo!... ¡Pero es un gran barco!... Vamos a visitarlo con calma —replica Jonathan, arriesgándose más que Horacio; y siguiendo por la cubierta marchan los dos, agazapados, medrosos, mirándolo todo con sus ojos ingenuos que abultan las cosas y escuchando con unos oídos tan agudizados que hasta el volar de una mosca les parecería el asalto de cien mil de a caballo que viene a buscarles a ellos y a darles el castigo que merecen por su atrevimiento.

De pronto una escotilla se abre. Los dos niños dan un salto atrás y se esconden tras un gran rollo de cuerda. Esperan. Tiemblan. Sienten todo el terror de aquel momento decisivo para ellos.

Por la escotilla salen hasta una docena de hombres, cargados con algo que debe pesar mucho, porque su paso se hace incierto y los brazos parecen doblegarse por el esfuerzo.

—Trasladad eso al "Seahorse"—dice el que parece jefe de la banda.

—Eso es mucho peso... para mi conciencia—replica uno de los hombres, descargando sobre cubierta un grueso lingote de oro—. El cargamento es oro... no son plumas. Y vosotros pretendéis pasar al "Seahorse" todo el cargamento del "Maggie-O", para luego hundir este barco, cobrar el seguro por un lado y por el otro vender el oro que habréis salvado... Yo no me presto a este fraude...

—¿Qué pretendes?—pregunta el jefe, que conoce bien la conciencia de su gente—. ¿No estás contento de la parte que se te da en el botín?

—No... Es poca para el riesgo de ir a la horca—contesta el otro.

—¿Qué quieres, entonces?

—Partir iguales en el botín.

—¡Piratas!... ¡Ladrones!... ¡Perros!—grita el jefe, desenvainando su puñal—. ¿Os queréis amotinar contra

mí?... ¡Ya veremos quién es el más fuerte!

Comienza una lucha sangrienta y terrible por la cubierta del "Maggie O'". Los hombres se acosan como fieras. Saltan por las jarcias, brincan por los palos, bajan por las escotillas. Más de uno queda tendido para siempre sobre las maderas del barco o cae en el agua para ser pasto de los peces.

—¡Si en el café Lloyds de Londres supieran esto!...—murmura el que ha iniciado el motín, mientras hunde su puñal en el pecho del jefe.

—Debemos marcharnos—susurra Jonathan al oído de Horacio—. Si seguimos aquí nos matarán...

—Vamos—contesta Horacio, mirando con terror, con sus claros ojos azules miedosos y asombrados, el cuadro desolador que se ofrece a ellos.

Con cuidado, procurando no ser vistos, comienzan a caminar pegados a la borda, huyendo de aquellos piratas que están en el calor de la lucha y que no se dan cuenta de que ha habido testigos de su robo.

Pero cuando ya van a alcanzar la escalerilla para descender a su bote, uno de los hombres les descubre y grita:

—¡Traición!... ¡Nos han oído!... ¡Nos han visto!... ¡Matad a esos dos mequetrefes!

Los dos niños se miran con horror, con angustia indescriptible.

—Arrojémonos al agua—dice Jonathan, decidido.

—¡Es muy alto!—replica Horacio con miedo.

—Yo me tiro el primero para que veas que nada malo pasa... Sígueme—dice Jonathan, al que nada arredra.

Y se arroja al agua en un salto decidido. Ya es tiempo, porque el pirata que les ha descubierto viene a ellos enfurecido y dispara su trabuco. El disparo hace decidir a Horacio que se arroje al agua también, aunque el miedo pone una angustia extraña en su corazoncito.

Luchan los dos pequeños en el agua, nadando bajo ella cuando oyen estallar los disparos. Jonathan protege a Horacio, al que siente más débil, menos acostumbrado a la lucha, más delicado, puesto que está educado en un ambiente de distinción, de refinamiento y de elegancia.

—¿Te has hecho daño?—le pregunta—. Sigue la corriente, y así no tendrás que hacer tanto esfuerzo para nadar... Ya llegamos a la orilla...

Llegan, en efecto, a la orilla, y se sientan sobre la arena, rendidos de fatiga y de terror.

—¡Eran balas de verdad!—exclama Jonathan, asustado de aquella aventura, ahora que se ve ya salvado de ella.

—¡De verdad!... ¡Y yo he perdido mi chaqueta!... ¡La diré a mi padre todo lo que ha pasado!

—¡No, no, no digas nada!... Te reñiría mucho y no te dejaría en libertad para hacer lo que tenemos que hacer.

—¿Qué tenemos que hacer? — pregunta Horacio con pánico, pues tiembla a la sola idea de que a Jonathan se le ocurra una nueva y más peligrosa aventura.

—Tenemos que ir a Londres a avisar a mister Lloyd... ¿No has oído lo que han dicho? Nuestro deber es avisar a ese señor para que él pueda castigar a los malvados.

—Pero, ¿cómo iremos a Londres?

—A pie—contesta resueltamente Jonathan.

—¡Hay cien millas!... ¡Yo no podré ir!... ¡Mi padre se moriría de angustia al no saber nada de mí!

—Es nuestro deber... Yo iré y tú vendrás conmigo... Recuerda nuestro pacto: lo que haga uno, también puede hacerlo el otro, o sino un puñetazo en pleno rostro—dice Jonathan, amenazando.

—Está bien, iré...

—Hasta mañana, pues. A las siete en punto estaré en nuestro árbol esperándote.

—Hasta mañana.

Cuando Horacio llega al castillo su padre le espera. El niño no tiembla. Conoce de antemano las disciplinas paternas, pero no tiembla, porque es un hombre y los hombres no deben temblar. Cuando acaba de escuchar la reprimenda, pregunta con sencillez:

—¿Voy al escritorio y me bajo los pantalones?...

Y entra resueltamente en el despacho de su padre en donde se da de manos a boca con su tío Mauricio, hermano de su padre, uno de los más arriesgados marinos de aquellos tiempos.

—¡Oh, tío! — exclama Horacio, un tanto avergonzado de la forma en que se presenta ante aquel marino al que respeta, admira y quiere.

—He venido aquí a buscarte, Horacio... ¿Cuántos años tienes?

—Doce cumplidos.

—Perfectamente... Necesito un grumete para mi barco. Zarparemos mañana a mediodía para las Azores... Te vendrás conmigo y aprenderás a ser un buen marino. Y ya sabes tú lo que quiere decir ser un buen marino: sacrificarlo todo por la Patria; anularse a sí mismo para saber engrandecer mejor al poderío de la Patria; olvidarse de sus propios sentimientos para pensar sólo en el sentimiento de la Patria. ¿Aceptas?

—¡Acepto!—contesta el pequeño, entusiasmado a la idea de lanzarse al mar al lado de su tío y de convertirse en un marino, en un marino de cuerpo entero que pueda sacrificarlo todo: amor, vida y alma por la Patria... Sacrificarlo todo, menos el honor, porque el honor de un marino es el honor de la Patria, y el honor de la Patria no debe nunca ser mancillado.

* * *

Jonathan Blake hace más de una hora que espera escondido en el hueco del árbol, con su hato de ropa colgado de un palo que lleva apoyado en su hombro. Se ha cansado de esperar y se ha atrevido a pasearse a lo largo de la avenida, exponiéndose a ser visto por los criados del castillo y arrojado de allí a palos; pero Jonathan Blake no teme a los palos, ya que su tía le ha acostumbrado a ellos y le ha curtido el cuerpo a fuerza de varazos.

Ya muy entrada las ocho aparece Horacio con la cara seria, la mirada sombría, los labios contraídos por una resolución firme.

—No puedo ir contigo—le dice, mirándole un momento y bajando luego los ojos como si estuviera avergonzado.

—¿Tienes miedo?

—No. No voy contigo porque me marcho con mi tío el marino... Necesita un grumete y me ha elegido a mí... Voy a partir en el barco de Su Majestad, en el "Reasonable"... Voy a luchar por mi Patria... por nuestra Patria, Jonathan... Por Inglaterra, a la que todos nos debemos.

—Entonces... ¿no nos veremos más? —pregunta Jonathan, entristeciéndose y mirando con admiración al muchachito.

—Volveré, Jonathan, si un cañonazo no se me lleva la cabeza... Ya sabes que voy a la guerra y en la guerra las balas son de verdad... como las de anoche... Me da pena no ir contigo... Se rompe nuestro pacto.

—Se rompe nuestro pacto... pero no es tuya la culpa—dice Jonathan, con lágrimas en los ojos.

—Pero un pacto es un pacto, y nosotros somos dos hombres... y lo debemos cumplir. Anda, pégame en la cara—dice Horacio, cuadrándose ante Jonathan y presentando su mejilla.

Jonathan vacila, no se atreve; quisiera besar a su amigo en lugar de pegarle, pero Horacio insiste:

—Hazlo ya... es el pacto...

Jonathan hace un esfuerzo sobre sí mismo, inicia el gesto de dar un fuerte puñetazo a su amigo del alma y, cuando llega a la altura del rostro, afloja

los músculos y da sólo un ligero golpe en aquel rostro, que recibe la afrenta con dignidad.

—Demasiado flojo—dice Horacio, sintiendo también que las lágrimas se agolpan a sus ojos.

—¡Adiós, Horacio! — dice Jonathan estrechándole la mano.

—¡Adiós, Jonathan! — contesta éste fijando sus ojos azules en los ojos negros de su compañero.

Los ojos azules y los ojos negros se dicen mucho más de lo que pudieran decirse aquellos labios que tiemblan en un susurro de despedida, y sin añadir palabra, se vuelven la espalda y emprende cada uno su camino, aquel camino que les ha de conducir por distintas rutas hasta la inmortalidad.

* * *

Jonathan llega a Londres abrumado de fatiga. La gran ciudad le desconcierta. No sabe qué dirección tomar. Desconoce dónde pueda encontrarse el café de Lloyds, del que ha oído hablar a los piratas. Y lo va preguntando a todos los transeúntes que se cruzan con él y que le miran desdeñosamente y muchas veces ni se toman ni siquiera la molestia de contestarle.

Jonathan aprende entonces que cuando uno es pobre y va desarrapado y tiene nada más diez años, no debe dirigirse nunca a los poderosos, a los elegantes, a los que parece han de tener más benignidad con los pequeños; sino que ha de dirigirse a los de su misma categoría, a los humildes, a los insignificantes, a los desarrapados, a los que parece que por ser de su igual condición le han de despreciar y le han de huir.

Un hombre sumo, ennegrecido por el hollín de todas las chimeneas, con sus aparatos de deshollinador al hombro, que va gritando por la calle su oficio, es el único que se para a hablar con Jonathan y el único que le muestra dónde está el café de Lloyds. El chiquillo, después de sonreír a la cara negra que lo mira con simpatía y de darle las gracias con una inclinación cortés, corre hacia el lugar que le han indicado

y empuja la puerta de cristales sobre la que en grandes caracteres ha leído el letrero soñado:

"LLOYD'S DE LONDRES"

Es un café enorme, populoso, en el que la multitud se hacina en torno a las mesas y más aún en torno al estrado desde el cual un empleado va dando las noticias de interés a los clientes. Una gran campana pende a la cabeza del empleado encargado de dar las noticias. Es aquella campana la que anuncia, con su lengua de bronce, los buenos negocios y las catástrofes marítimas, ya que aquel café, aquel "Lloyds de Londres", es un centro donde se contratan los fletes y los seguros de los barcos que han de hacerse a la mar en aquellos arriesgados tiempos de guerra y de piratería en los que cada travesía constituía una heroica empresa a realizar.

Jonathan, mirando a todas partes con sus grandes ojazos negros, curiosos y asombrados, se pregunta cuál será, entre todos aquellos hombres que gritan y gesticulan y se amontonan, el caballero al que él viene buscando desde el pueblecito pesquero de Norfolk.

—¿Quiere decirme quién es el señor Lloyd?—pregunta con timidez a un camarero.

—¿Qué señor Lloyd?—replica éste, mirando con extrañeza al rapaz.

—El señor Lloyd... el dueño de este café.

—¡Busca a mister Edward Lloyd!—exclama, riendo, uno de los clientes.

—¡Pero si está en la sepultura desde hace seguro años!—replica el camarero, dando un empujón al niño, que va rodando hasta debajo de una de las mesas.

Jonathan ya está acostumbrado a aquellos tratos, y no se preocupa por ello, asoma su cabecita cubierta de enmarañados rizos negros y escucha en aquel momento la voz del empleado que, después de haber hecho sonar por dos veces la campana, dice en alto y potente tono:

—La chalupa "Maggie-O" ha sido hundida al norte de Norfolk, sin que haya habido víctimas. Los armadores reclaman la pérdida total de la chalupa.

—¡Quinientas libras!—murmura uno de los clientes del Lloyds.

—¡Hemos perdido todo en ese cargamento!—murmura, desalentado, otro de los socios del Lloyds.

—¡El "Maggie-O" no se ha hundido!—grita Jonathan, mirando fijamente a un caballero de media edad, que está sentado ante la mesa bajo la cual ha ido él a parar por el empellón que le ha dado el camarero.

El caballero mira al chiquillo en el que no había reparado hasta ahora, ve aquellos ojazos negros, brillantes, expresivos, nobles, resueltos, que están fi-

jos en los suyos, y le pregunta con dulzura, sonriéndole:

—¿Qué sabes tú del "Maggie-O"?

—Porque lo sé he venido a pie desde Norfolk... El "Maggie-O" fué hundido por los piratas después de haber trasladado todo el oro que llevaba al "Seahorse", para cobrar el seguro y venderse el oro por otra parte y así tener doble negocio... Ellos mismos lo dijeron y yo lo oí...

—¿Tú?... ¿Y dices que fué en Norfolk?

—Sí, sí, señor... Horacio Nelson iba a venir conmigo, pero tuvo que marcharse con su tío y he tenido que venir solo...

—¿Y has venido andando desde Norfolk?

—Sí, señor... No podía venir de otro modo... Pero mi deber era avisarles a ustedes, porque yo oí como uno de los hombres decía que si se sabía la aventura en el café Lloyds de Londres, irían a parar todos a la horca... Y yo he venido para que se haga justicia y se sepa que han sido los piratas los que han hecho eso... Porque con Horacio Nelson nos hemos prometido servir siempre a nuestra Patria e imponer en todo momento la justicia...

—¡Bravo mozo! — ríe el caballero, que no es otro que Augerstein, el propietario y director general del Lloyds de Londres—. ¿Y dices que el tesoro lo trasladaron al "Seahorse"?

—Sí, señor...

—¿Cuándo entra en rada el "Seahorse"?—pregunta Augerstein a uno de sus hombres.

—Mañana por la mañana.

—Es preciso registrarlo... Si es verdad lo que dices, muchacho, tendrás tu recompensa... Ven mañana por la tarde a saber el resultado.

Jonathan Blake saluda, quisiera marcharse, titubea, mira con ojos angustiados a aquel caballero y al fin, decidiéndose, le dice:

—¿Podría comer algo a cuenta de esa recompensa?... ¡El hambre me roe el estómago!

—¡Pobre criatura! — exclama Augerstein compadecido de aquel muchachito—. Que le traigan lo mejor que tengan en la cocina—ordena.

Y Jonathan ve pronto ante sí tal cantidad de comida que casi le da vértigo.

—¡Oh, no podré comer tanto!—dice, con ingenuidad.

—Come lo que tu estómago te pida... Hasta que ya no sientas hambre...

El chiquillo come con apetito devorador, mientras en el café siguen las posturas y la voz del subastador se levanta en medio del murmullo de la gente para ir anunciando las cantidades que se ofrecen para asegurar tal o cual barco que está próximo a zarpar.

Jonathan, cuando ya va sintiendo su hambre calmada, se fija en aquel hombre que anuncia desde el entarimado y

que va repitiendo las cantidades que le ofrecen en voz alta, mientras sostiene en su mano una vela encendida, en la que, a cierta altura, hay clavado un clavo:

—¡Mil quinientas libras!... ¡Mil seiscientas!... ¡Mil seiscientas cincuenta!...

—¿Para qué es esa vela?—pregunta Jonathan al caballero que le muestra tanta simpatía y hacia el que él también siente una extraña atracción.

—Cuando la luz llegue al clavo se apagará y el barco será del último postor que haya ofrecido dinero. Así se ajustan aquí los seguros con los sindicatos.

—¿Los sindicatos? ¿Y eso qué quiere decir?—pregunta Jonathan, que no entiende nada de todo aquello.

—El Lloyds se ha ido formando así, por medio de sindicatos... o grupos que comparten con el primer grupo fundador las ganancias o pérdidas del negocio... Así se puede extender más el área financiera del negocio, porque cada grupo aporta su dinero en las pérdidas y no se hace tan pesado para un solo grupo el tener que pagarlas. En cuanto a las ganancias, se hacen también equitativos repartos entre cada grupo y el negocio puede tener una envergadura que no podría alcanzar un particular que quisiera llevarlo a cabo.

—Es muy interesante todo esto... ¿Y la campana, para qué sirve?

—Para avisar que va a darse una noticia interesante; da un toque para los desastres y dos toques para las buenas nuevas...

—Me gusta mucho todo esto — dice Jonathan, acariciándose los labios después de haber comido opulentamente—. ¿Me dejará quedar a trabajar aquí en lugar de darme la recompensa? ¡No quiero volver a Norfolk!... ¡Allí no hay medio de hacer grande a Inglaterra!

—¿Tú quieres contribuir al engrandecimiento de tu Patria?

—Por eso estoy aquí—contesta el muchachito rápidamente—. ¿Me acepta usted?

Angerstein contempla al rapaz largamente y le dice, tras un detenido examen de su persona:

—Eres despierto, inteligente, honrado y entusiasta de las cosas... Si es verdad lo que dices, puedes habernos salvado mucho dinero... ¿Cómo te llamas?

—Jonathan Blake.

—¿Tienes padres?

—No, señor; vivía en Norfolk con una vieja bruja a la que llamaba tía y que me pegaba siempre que estaba bajo la influencia del vino, que era a todas horas... ¡Déjeme quedar a trabajar aquí!... ¡Sé hacer de camarero!—afirma Jonathan, acordándose del tabernucho de su tía en cuyas faenas él siempre la ayudaba.

—Si resulta verdad lo del "Maggie-O" te prometo tenerte a mi lado y hacerte un hombre—dice Angerstein que siente

una decidida simpatía por aquel muchachito todo nobleza y corazón que tan espontáneamente y con tal vehemencia ha abandonado su hogar para trasladarse a Londres y conseguir se haga justicia con los piratas que asaltaron el "Maggie-O" y se apoderaron de su cargamento de oro.

. . . . . .

A la mañana siguiente, a la llegada del "Seahorse" a la rada, la policía marítima invadió la chalupa e hizo en ella un fructuoso registro, cogiendo aprehendidos a todos los que formaban la tripulación y recobrando el cargamento de oro robado al "Maggie-O".

Y Jonathan Blake se quedó a trabajar en el café del Lloyds de Londres, al lado del señor Angerstein y al servicio de aquel grupo de sindicatos que controlaba todo el movimiento marítimo de mercancías que salían a través del canal hacia todas las puertas de Europa.

* * *

Como en todas las grandes masas de gentes, también en el Lloyds había sus traidores emboscados. Uno de ellos era el viejo Jukes que, con su aire de ave de rapiña, con sus ojos de lince, con su espíritu sagaz y al mismo tiempo desconfiado, iba haciendo una labor lenta de campaña en contra los intereses comunes del Lloyds para satisfacer más amplia y desahogadamente los suyos propios.

Con el candor propio de sus pocos años y con su gran falta de experiencia del mundo y de las gentes, Jonathan Blake se confiaba a aquel viejo que siempre tenía para el muchacho chucherías y halagos.

Angerstein no veía con buenos ojos la amistad del niño con Jukes, al que tenía mal conceptuado y al que no había podido coger todavía en falta, porque Jukes trabajaba admirablemente, dejándose siempre cubierta la retirada y tendiendo en torno suyo una espesa red en la que caían los incautos sin que nadie pudiera acusarle directamente de haber puesto él la trampa.

Jonathan Blake suministraba a Jukes

todos los informes que éste le pedía. El chiquelo, del que nadie desconfiaba, corría por los muelles de Londres, escuchaba conversaciones, observaba, escudriñaba, averiguaba cuanto se le antojaba, aunque fuera a costa de hacerse amigo de cualquier capitán, fingiéndose un aficionado al mar y un enamorado de la marina, como si deseara entrar de grumete en cualquier barco, y así podía visitar el barco que a él le interesaba y averiguar bien la clase de cargamento que llevaba, el rumbo que tomaría, los puertos que tocaría, en una palabra, en fin, todos los datos que pudieran interesar a los aseguradores, particularmente a aquel Jukes que trabajaba en la sombra y que atendía sólo a sus propios intereses.

A cambio de estos servicios Jukes daba al niño buenas cantidades de oro o plata que el chiquillo recibía con alegría, creyéndolas merecido premio a su trabajo, trabajo hecho con nobleza, porque Jonathan creía así servir a la grandeza de la Patria y a los intereses de aquel grupo de sindicatos que se movían a la sombra del nombre de mister Lloyd.

—No me gusta la amistad de Jonathan Blake con ese viejo endiablado—dijo un día Angerstein a uno de los empleados del Lloyd—. Creo que le da dinero con demasiada frecuencia y he observado que se lo da siempre que Jonathan viene de la calle y le susurra al oído palabras misteriosas. Dile a Jonathan que venga.

El empleado fué a buscar al muchachito, al que cogió por una oreja, y le dijo, arrancándole violentamente del lado de mister Jukes:

—Mister Angerstein te llama.

—Aquí estoy, señor—dijo Jonathan, presentándose ante aquel caballero que había sido el primero en acogerle con cariño y en tratarle con atención y delicadeza—. ¿Qué quiere de mí?

Angerstein miró fijamente al niño, escudriñó en aquellos ojazos negros y brillantes en los que se reflejaban la nobleza y la sinceridad, y le dijo:

—Jukes acaba de darte dinero.

—Sí, señor—replicó Jonathan sinceramente, sin avergonzarse, mostrando la cantidad que todavía llevaba en la mano.

—Y otras veces también he visto que te entregaba cantidades.

—Sí, señor, muchas veces me da dado dinero... Me paga las informaciones que yo le doy de los muelles... Me dijo que se las diera directamente a él y que me daría una buena propina, además del sueldo que Lloyds me paga por obtener esas informaciones.

—¿Y qué información le has dado hoy? — pregunta Angerstein, cogiendo fuertemente la mano del niño, que replica con la misma serenidad e idéntica nobleza:

—El "Gladiator" se ha ido a pique frente a las costas de Lisboa.

—¡Desdichado!... ¿Y todas las noticias que has dado a mister Jukes son de ese calibre? — pregunta Angerstein lleno de enojo.

—Sí, señor... He creído así servir a Lloyds, como prometí hacer.

—Pero, ¿no ves que estas noticias nos pertenecen a nosotros, que es a nosotros únicamente a quien debes darlas, que has cometido un grave delito de traición y de alevosía, vendiéndolas a ese pérfido Jukes?...

—El me dijo que era él quien tenía que recibir esas noticias... que era mi deber hacerlo y que me ofrecía pagarme doble sueldo si le obedecía, porque todo era en bien del Lloyds—murmura Jonathan Blake, confesando la verdad.

—Watson, anunciad la pérdida del "Gladiator"... Nos vengaremos de mister Jukes con sus propias armas... Y tú, pequeño, atiéndeme y trata de comprender... Los informes, todos, sean de la clase que sean, pertenecen al Lloyds, únicamente al Lloyds, no a los desaprensivos que tratan de enriquecerse a su costa... Si Lloyds fracasara, si hubiera malos ingleses que hicieran fracasar esta empresa que se ha dado toda y toda se debe al engrandecimiento de la Patria, cuerla la marina mercante inglesa, porque Lloyds es la sangre vital del comercio inglés, de ese poderoso comercio mundial, cimentado en la fe y en el amor de los buenos ingleses...

—Así... yo... por falta de fe... ¿podía haberlo destruido? — pregunta Jonathan Blake, palidecicndo, sintiendo que la sangre se le hiela en el corazón y que una angustia espantosa le ahoga la garganta.

—Tú... y mister Jukes, por imprudencia, por falta de honradez, por alevosía... — dice Angerstein enérgico y terrible, mirando fijamente a aquel niño del que quiere hacer todo un hombre.

Jonathan Blake yergue la cabeza con orgullo, sorbe las lágrimas que tratan de desprenderse de sus párpados, tiene una mirada noble y fiera cuando se encamina, con decisión y entereza, al lugar donde sigue Jukes sentado, y colocando sobre la mesa en un gesto de altivo desprecio el dinero que hace un momento ha recibido de manos del traidor, le dice:

—No quiero ese dinero que mancha... ¡Jamás aceptaré ni un céntimo de vos!... ¡Y no pretendáis jamás hacerme traidor a la Patria!... ¡Juro ser siempre fiel a Inglaterra... y al Lloyds inglés, que es el salvaguardador de su marina mercante!

—¡Inglaterra te lo sabrá estimar siempre!—dice Angerstein, estrechando la mano del muchachito, que ha hablado en medio del más profundo silencio de la multitud que invade el café, mientras mister Jukes, mordiéndose con rabia los labios, desaparece rápidamente

antes de que pueda darse nadie cuenta de su huida.

En aquel momento dos toques de campana llaman la atención de los concurrentes. Todos se agolpan en torno al entarimado desde el que se dan las grandes noticias. Dos toques anuncian una buena nueva. El anunciador dice, alzando la voz a fin de ser oído de todos:

—El "Reasonable" ha logrado romper el bloqueo en un rasgo heroico y decisivo.

—¡Bravo!...—grita la multitud.

—¡Tres hurras por el "Reasonable"!—exclama míster Angerstein haciendo volar su sombrero.

Y surgen los tres hurras atronadores, lanzados por las gargantas entusiasmadas, mientras Jonathan Blake, emocionado, lloroso, murmura, sintiéndose poseído de la gloria que rodea aquel barco de Su Majestad:

—El "Reasonable"... ¡Es el barco de Horacio Nelson!...

* * *

El tiempo ha corrido, Jonathan Blake ya no es un niño. Es un muchacho de veinte años, alto, fuerte, ágil, elástico, de mirada de águila y noble frente, majestuosa, coronada por los mismos alborotados rizos negros que le juguetearan sobre ella cuando era chiquillo y que ha domeñado a fuerza de esfuerzos para que le dejen al descubierto aquel trono de inteligencia natural que se ha ido desarrollando en el trabajo y en la fe y en el amor a la Patria, a la que ha dedicado entera y exclusivamente su vida.

Lloyds de Londres tiene ya edificio propio, magnífico edificio situado en el corazón mismo de la Bolsa, donde van a contratar y a subastar todos los armadores de Inglaterra, todos los socios de aquellos sindicatos que han ido extendiendo su área de acción a través de todas las Islas Británicas y que tiene una fuerza mercantil tan poderosa que el mismo Gobierno se siente protegido por ella.

Angerstein sigue al frente de aquel engranaje complicadísimo de los negocios marítimos, y Jonathan Blake sigue siendo el hombre de confianza de Angerstein, que tiene ahora un elegantísimo despacho en el nuevo edificio de la Bolsa, al que ha ido a instalarse el Lloyds, que hasta ahora había tenido su humilde sede en un café de los suburbios londinenses.

Lloyds, sin embargo, sigue conservando su sala de café, porque parece que los armadores tienen apego a las buenas bebidas y a la charla calurosa en torno a las mesas en donde se discute y se charla hasta altas horas de la madrugada.

Y en el café hay ahora una gentil muchachita, una graciosa chiquilla de quince años, alta, rubia, delgada, de ojos claros y pícaros que sirve a los clientes con un donaire gentil y que tiene para cada uno sus palabritas suaves y sus miradas tiernas, aunque sabe hacerse respetar de todos y hacerse admirar de algunos, aunque no siempre de los que ella quisiera...

—Polly, buenos días... ¿Qué dice hoy la prensa?—le pregunta cada mañana Angerstein, entrando en el café a tomar su desayuno.

—Lo de siempre, señor... Su Majestad tiene gota...

—¡Brava noticia!—ríe Angerstein—. Polly, dame una taza de café negro para que me despeje las ideas. Hoy necesito trabajar mucho y fuerte.

La muchachita corre a cumplir lo que le han ordenado, después de haber puesto en manos de Angerstein el periódico a cuya lectura se entrega el caballero, mientras Polly corre de mesa en mesa, atendiendo a los parroquianos y esparciendo por doquiera esa, aquella graciosa simpatía que la hace adorable y deliciosa con tanta juventud, tanta belleza y tan ingenuo candor.

Cuando Angerstein ha terminado su desayuno y se ha enterado de las noticias que publica la prensa, va a su despacho y pronto viene a visitarle un joven elegantemente vestido, pero con una petulancia tal en la mirada, un aire tan desenfadado y tan fatuo, una mirada tan oblicua y tan aviesa que, Angerstein, que se vanagloria de conocer bien a la gente, lo clasifica en seguida de ente irremisiblemente antipático contra quien debe guardar toda clase de precauciones.

El joven, dando vuelta a su caña y jugando con los encajes de su corbata con la mano que le queda libre, se adelanta hasta Angerstein y le dice, sin descubrirse y siempre con suma impertinencia:

—Soy Stacy de Cranford. Debéis conocer a mi tío, lord Drayton, Primer Lord del Almirantazgo. Me hizo una carta de presentación, pero debo haberla perdido puesto que no la he en-

contrado entre mis papeles, aunque no he buscado mucho entre ellos. ¿Queréis rapé? — pregunta, interrumpiéndose y ofreciendo su elegante cajita a Angerstein.

—Nunca lo uso—replica éste mirando con aire de desprecio a aquel petimetre cargado de pretensiones.

Stacy de Cranford toma una pulgada de rapé, lo huele con deleite, estornuda tres o cuatro veces, sacude las partículas de polvo que han caído sobre los encajes de su corbata, y sigue diciendo, mientras cruza una pierna sobre otra:

—Acabo de cobrar una pequeña herencia de mi abuela y quisiera colocar bien mi dinero. Por eso he pensado colocarlo en vuestro sindicato.

—¿Estáis decidido a probar el negocio de los seguros marítimos?—pregunta Angerstein que no gusta aceptar dinero del primer impertinente que viene a ofrecérnelo.

—¡Bah, decidido!... ¡Pchhhh!... Sólo deseo correr un riesgo ocasional, y de incógnito, para probar fortuna... Se dice que obtenéis pingües ganancias con los seguros marítimos; pero es un plebeyo modo de emplear el dinero y no quiero que nadie se entere de que un lord como yo juega en esas cosas insignificantes...

—¡Lloyds no es una casa de juego! — exclama Angerstein indignado por el modo de expresarse del desconocido—. Lloyds es una honorable sociedad de capitales puesta al servicio del país y del Estado... Nunca admitiré dinero incógnito en mi sindicato. El que quiera pertenecer a él debe dar su nombre y dejar que su firma sea reconocida. Aquí no hacemos chanchullos: trabajamos honrada y limpiamente... No me interesan los aristócratas que vienen a arriesgar *de incógnito* su dinero, ni me ofrecen garantía ninguna los lores que desprecian el comercio. Si la aristocracia es el alma de un país, el comercio es el engranaje que hace rodar el carro de la fortuna que conduce al tal país al frente de todas las potencias de la tierra... Lo siento mucho, pero os deseo muy buenos días—dice Angerstein poniéndose en pie y dando por terminada la entrevista con aquella seca despedida.

—Muy buenos días, señor... No sabía que entre comerciantes hubiera también gentes orgullosas—dice con ironía Stacy, poniéndose en pie a su vez.

En aquel momento entra precipitadamente un lacayo que viene temblo roso y agitado y dice a Angerstein, sin darse cuenta de que éste está con una persona extraña:

—Señor, por piedad, venid en ayuda de mi amo...

—¿Qué le pasa a tu señor?—pregunta Angerstein reconociendo al lacayo de Jonathan Blake.

—¡Señor, mi amo ha sido encarcelado!—replica el pobre hombre lleno de turbación y sobresalto.

—¿Por quién?

—Por el Tribunal, señor... No sabía si venir a decíroslo... pero me ha parecido que únicamente vos podíais ayudar a mi amo.

Angerstein toma su sombrero y sale precipitadamente seguido por el lacayo, dispuesto a ir al Tribunal y averiguar cuáles han sido las causas que han conducido ante él a Jonathan Blake, al muchacho que ha sabido conquistar la vida con su propio esfuerzo y que ha sabido triunfar de la miseria y del abandono en que nació para colocarse en uno de los lugares más preeminentes del comercio inglés.

Al pasar por el salón café, Polly detiene al lacayo de Blake y le pregunta, llena de angustia:

—¿Qué le ha pasado a míster Jonathan Blake?

—¡Ah, no querías saberlo, mi buena señorita!... Siempre, en todo, ha de tener la culpa el sexo débil... ¡Ha sido por culpa de una mujer por lo que le han detenido! ¡Por mirar a una mujer!...

—¡Por mirar a una mujer!—suspira Polly pensando en el guapo mozo que viene todos los días al café y que jamás se ha fijado en ella, aunque ella procura llamarle la atención por todos los medios a su alcance—. ¡Y yo que nunca logré que me lanzara ni la más ligera mirada!

Polly da un hondo suspiro y sigue trabajando, pensando en quién pueda ser la feliz mortal que ha logrado una mirada de Jonathan Blake. Y en lo más íntimo de su alma, Polly, la gentil doncella del café, siente una alegría honda de que le haya costado tan caro aquella mirada indiscreta lanzada a otra mujer que no debe quererle como ella le quiere, ni admirarle como ella le admira.

La *feliz mortal* que causa celos a la pequeña Polly es una mujer ya entrada en años, fea, escuálida, delgaducha, pálida, con ojos de demente.

Cuando Angerstein entra en la sala del Tribunal, la que ha denunciado a Blake está declarando:

—Su Señoría debe saber que, cuando yo estaba ya por completo desnuda, me di cuenta de que él me espiaba... y cuando volví el rostro fingió no verme y se escondió precipitadamente...

—¿Qué respondéis a esta acusación? — pregunta el Presidente del Tribunal, dirigiéndose a míster Blake, que escucha la declaración sin inmutarse.

—Que la señorita tiene razón al decir que yo miraba; pero que no la tiene al decir que la miraba a ella.

—¡Oh, qué falta de galantería! —

exclama la señorita, seriamente indignada.

El Presidente del Tribunal toma en sus manos un anteojo magnífico y le pregunta a Blake:

—¿Reconocéis este anteojo?

—Sí, señor.

—¿Le reconocéis por vuestro?

—Le reconozco por mío — afirma Jonathan Blake con serenidad.

—¿Era con este anteojo con el que tratabais de ver mejor a la señorita, cuando se estaba desvistiendo en la terraza?

—No trataba de ver mejor a la señorita... puesto que no me había dado cuenta de su existencia hasta que volvió a mí su rostro y dió un grito de angustia.

—Decid la verdad, caballero—insiste el Presidente.

—Digo la verdad... Estaba haciendo experimentos... Ensayaba los primeros pasos del telégrafo... — replica Jonathan, que mira a lo lejos, entusiasmado por su idea, por el invento que bulle en su mente, por su afán de servir cada día mejor y con más fe a su Patria.

—¿Experimentos... de qué?... ¿Qué es un telégrafo? — pregunta el Presidente, que jamás en la vida ha oído hablar de tan disparatada manera.

—Señor, un telégrafo es un aparato para transmitir mensajes a larga distancia.

—¡Bah, bah, bah!... todo eso no son más que embrollos... Tratáis de embrollar al Tribunal... Está bien, pagad cincuenta libras o cumplid un año de condena.

—Si el Tribunal me lo permite desearía pagar yo esa multa — interrumpe Angerstein, que está muy divertido con la aventura de su predilecto.

El Tribunal acepta, se paga la multa, se firma el acta y se deshace la reunión.

Al pasar al lado de Jonathan Blake, la acusadora le lanza una lánguida mirada de romántico entusiasmo y le dice en voz baja:

—Otro día que queráis verme... llamad a la puerta de mi casa y no os sirváis de esos catalejos que parecen los cañones de un trabuco y que dan miedo...

Angerstein sonríe y coge del brazo a Jonathan Blake que no ha hecho el menor gesto al oír la invitación de aquella pobre loca.

—Veo que tus enredos han sido muy inocentes, puesto que te has contentado con mirar a una mujer que no puede despertar en ti el menor deseo...

—Pero... ¿es que usted también ha creído que la miraba a ella?

—¿Qué hacías, pues, en la azotea, a esas horas y en el momento en que tu vecina se estaba desvistiendo?

—Ya lo he dicho: hacía experimentos... Pronto quedará asombrada In-

glaterra, el mundo entero, con mi invento... Venid a verlo... Os mostraré cómo en cinco minutos puedo mandar mensajes de Inglaterra a Francia a través del Canal.

—¿Cinco minutos de Inglaterra a Francia?... — murmura Angerstein mirando a Blake con compasión—. ¡Te has vuelto loco, mi querido amigo!

—No, señor, no estoy loco... Siempre os he estimado y respetado como a un padre, y ahora, como lo haría a mi verdadero padre, os suplico que queráis prestar atención a mi invento, al invento que ha surgido a través de los años, desde el día en que os conocí, desde aquel día que me salvasteis diciéndome que los informes son la sangre vital de Lloyds... Desde aquel día pensé siempre en el medio más rápido de transmitir mensajes y ahora puedo dar ya las primeras pruebas de mi invento... Siempre quise merecer la confianza que en mí habíais depositado y he trabajado con entusiasmo y con fe hasta este momento en que puedo pagar mi deuda con vos... con Lloyds de Londres... y con Inglaterra.

Jonathan Blake condujo a Angerstein hasta su estudio y allí le mostró todo el engranaje de su invento: unas grandes letras que subían a lo alto de una torre y se iluminaban con un reflector, podían ser captadas, con buenos anteojos, desde muchas millas de distancia. Aquello era algo primitivo, infantil casi; pero fué el precursor del telégrafo que tantos y tan señalados servicios había de rendir, al correr de los años, a la humanidad.

—¿Con estas letras tan chiquitas quieres mandar mensajes a través del Canal? — preguntó Angerstein con aire de duda.

—No es una vana pretensión, señor... He recibido ya varios mensajes de mis enviados especiales desde Francia... ¿Queréis confirmar vos mismo la seguridad de mi invento? Tomad, mirad con el catalejo y dictadme las letras que vayáis distinguiendo en el horizonte... Precisamente esta es la hora en que deben transmitirme el mensaje.

Angerstein tomó el anteojo, miró en la dirección que Blake le indicaba y no tardó en descubrir a lo lejos, a través de la distancia, unas letras luminosas que iba dictando a Blake:

—B. — O. — N. — A. — P...

Jonathan Blake iba escribiendo. Cuando el mensaje terminó, leyó en alta voz, en tono de profunda preocupación:

"Bonaparte ordena arresto ingleses residentes en Francia..."

—¿Qué dices?... ¿Qué extraño mensaje es éste? — pregunta Angerstein mirando fijamente a Blake.

—Señor, Bonaparte se ha hecho dueño de Europa y quiere ahora apoderarse de Inglaterra. Si Inglaterra no

vigila sus costas, si no ampara a sus súbditos residentes en Francia, acaso dentro de algunos meses... o de algunas semanas, tengamos que reducirnos a la opresión del coloso que amenaza con su poder deshacer las más fuertes potestades de Europa...

—¿Cuál es tu idea?

—Si vos no os oponéis a ello, marcharme a Francia esta misma noche y ponerme al servicio de mi Patria defendiendo y salvando a los ingleses que allí están amenazados.

—Hijo mío, que Dios te bendiga y te guíe en tu empresa... ¿Nos mandarás mensajes desde Francia?

—Os tendré al corriente de cuanto ocurra allá, por medio de mi invento...

Los dos hombres se estrecharon las manos en silencio. La aventura que iba a correr Jonathan Blake en Francia era peligrosa y arriesgada, pero era una aventura que podía darle mucha gloria y que podía salvar a la Patria de la amenaza de un serio peligro.

Blake partió para Francia aquella misma noche en una chalupa armada por el propio Lloyds, con gentes en su tripulación que fueran por completo afectas a la causa y que conocieran bien todos los riscos de la costa francesa para poder alcanzarla sin necesidad de llegar a puertos conocidos en donde podrían echarles mano y malograr la empresa que allí les llevaba.

Algunas semanas transcurrieron durante las cuales Jonathan Blake hizo verdaderos actos de heroísmo para salvar a sus compatriotas y hacer que la chalupa fuera en constantes viajes a Inglaterra llevando a súbditos británicos que corrían peligro en Francia.

Cada noche lanzaba mensajes desde la orilla francesa que eran captados en Londres, partes circunstanciados y decisivos que tenían en suspenso el ánimo del gobierno y de todos los londinenses que conocían la cuestión. El nombre de Jonathan Blake se hizo popular en los medios aristocráticos y corría de boca en boca como el nombre de un verdadero héroe benemérito de la Patria.

Así pasaron algunos meses. La lucha entablada por Napoleón contra el poder de Inglaterra se estrellaba contra elementos desconocidos. Todos sus planes, como si un diablo se divirtiera en ello, eran pasados a Inglaterra, e Inglaterra podía tomar sus precauciones y anticipándose a los fines del emperador, cortaba de raíz las tretas que éste tendía para poder apoderarse de las codiciadas islas.

Una noche, una fría y lluviosa noche del mes de febrero, en un apartado mesón de Calais, solitario en medio de los riscos de sus acantilados, un sacerdote, con su hábito talar, leía devotamente su breviario mientras se calentaba los pies al amor de la lum-

bre que brillaba en el hogar. Como no se había descubierto, su gran sombrero de teja le cubría por completo el rostro, pero por su cuerpo fino, ágil, varonil, se adivinaba en él la juventud.

Largo rato llevaba en aquella actitud recogida y devota, cuando de pronto se abrió la puerta del mesón, apareció un viajero que venía montado a caballo, pidió un vaso de vino, lo bebió de un sorbo y, después de haberse enjugado los labios con la bocamanga, se acercó al sacerdote, se arrodilló a sus pies y le dijo, en tono de profundo respeto:

—Padre, embarco esta noche misma en el puerto de Calais... No sé si volveré vivo... Malos tiempos son estos para lanzarse a la mar... Os suplico querráis bendecirme por si acaso el Altísimo me llamara a sí en una de las luchas a las que tendré que lanzarme sin duda alguna...

—Hijo mío, que Dios guíe tus pasos, que siempre sean justo, que no te ciegue la pasión en el momento de las batallas y que puedas volver sano y salvo al seno de tu Patria y de tu familia... ¡Yo te bendigo en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo! — rezó el sacerdote, que se había puesto en pie y que dibujó en el aire una gran cruz, sobre la frente de aquel penitente que pedía consuelo antes de partir para un viaje del que no sabía si lograría regresar.

—Gracias, padre mío—dijo el hombre tomando la mano del sacerdote, y besándosela con unción, volvió a cubrirse precipitadamente y salió rápido del mesón, sin mirar a ningún lado, como si temiera que alguien le detuviera con una palabra o con un gesto.

El padre había sentido que el desconocido colocaba en su mano un menudo papel que procuró leer fingiendo seguir leyendo las preces en su breviario. El papel que el desconocido le entregara decía así:

"Oeste. Segundo Estadio. Moelle de Piedra. Barrica X."

El padre miró con mucho disimulo en torno suyo y, viendo que en aquel momento nadie había, arrojó al fuego el papel que comunicaba tan extraño mensaje y que debía ser comprometedor a juzgar por la prisa con que se deshizo de él.

Apenas las llamas habían tenido tiempo de consumir el frágil papelillo cuando volvió a escucharse el crujir de los goznes de la puerta y un gran tumulto de voces invadió la amplia estancia del mesón.

Eran soldados que llevaban prendida a una mujer, una mujer de extraordinaria belleza, realzada más en aquellos momentos por la angustia que se reflejaba en su rostro, por los chispazos que brillaban en sus ojos azules como el cielo en un día de verano, de un azul tan intenso y tan cálido que

parecía llevar en ellos todos los rayos del sol, del sol de su cabellera de oro que circundaba su frente con una aureola de gloria.

—¡Os digo que no he hecho nada!... ¡Soltadme, soltadme! — decía, en inglés, aquella muchacha, de noble figura, de porte digno, de distinción aristocrática.

—Tú nos seguirás, porque como no te entendemos y sabemos que eres inglesa, te quedarás aquí con nosotros... ¡Bonita presa hemos hecho esta noche! —reían los soldados contemplando con codicia a aquella criatura de singular belleza.

El capitán era el que la retenía por un brazo y el que la miraba tan de cerca y con una mirada tan insistente y tan turbadora, que la muchacha se debatía con más ahinco para huir de aquel hombre que le causaba verdadero terror.

—¡Oh, soltadme, soltadme!... ¡No sé hablar francés!... ¿No habrá por aquí alguien que comprenda el inglés? — preguntó alzando la voz y poniendo en su pregunta un acento de angustia y de ansiedad.

El sacerdote se puso en pie con ímpetu y, dominándose a tiempo, dijo con calma:

—Yo conozco un poco el inglés... ¿En qué puedo seros útil?—preguntó, avanzando hasta el grupo que formaban la dama y sus aprehensores.

—¡Oh, por favor, preguntad por qué me retienen! ¡Yo os juro que nada malo he hecho!...

—Ya lo sé... Pero vos debéis ignorar que en Francia hay orden de prender a todos los ingleses.

—¿Por qué?... ¿Es un crimen ser inglés? — pregunta ella, alzando su frente en un gesto altivo y desafiador.

—No... pero lo es ser espía... y por espía os deben haber tomado.

—¡Yo no soy espía... os lo juro!... ¡Decidles que no soy espía!

El cura habló en francés con los soldados y su capitán, explicando lo que decía la muchacha. Los soldados reían a grandes carcajadas. El sacerdote explicó a la encantadora inglesa:

—Dicen que encuentran muy extraño que viajéis sin compañía a estas horas, por estos lugares y con tanta belleza y tanta juventud por compañeras...

—Es que... salí de París precipitadamente... Necesito volver a Inglaterra... Me muero de nostalgia en Francia.

Cuando los soldados oyeron aquellas explicaciones rieron con más fuerza y el capitán, tomando a la inglesita por la cintura, la estrechó contra sí y dijo, dándose mucho tono:

—Yo cuidaré de ella personalmente... Tomaremos el coche y la acompañaré hasta mi casa... Allí estará muy

bien tratada hasta... mañana por la mañana.

—¿Qué dirección tomáis? — preguntó el sacerdote, viendo subir al coche, llevada a viva fuerza, a aquella criatura que le miraba como a su único posible salvador, con una muda súplica en sus azules pupilas.

—La de los muelles.

—Entonces, como yo llevo la misma, me permitiréis que tome asiento en el coche—dijo, introduciéndose en él y sentándose entre la dama y el capitán, que puso gesto de vinagre, pero que no tuvo más remedio que acomodarse a aquella inoportuna compañía.

El coche se puso en movimiento, sacudido por los baches del camino que hacían saltar las ballestas. El asiento, insuficiente para tres personas, parecía aún estrecharse más con aquel movimiento, y el joven sacerdote, que había salido a defender a una mujer y que se constituía en su paladín, sentíase cada vez más unido a la muchacha por la fuerza del balanceo del coche.

—¿Habéis dicho que queríais bajar?... — preguntó el capitán, que estaba ansioso de quedarse a solas con su bellísima presa.

—En el primer muelle, señor, si eso no os causa molestia—dijo, sumisamente, el sacerdote, haciendo un signo expresivo a la muchacha como para animarla y quitarle el miedo espantoso que se reflejaba en su rostro cada vez que hablaban de separarse de él.

—Pare en el primer muelle—ordenó el capitán al cochero, con una voz de triunfo, puesto que estaban llegando a aquel ansiado primer muelle en donde se desharía del importuno acompañante.

Paró el coche, se abrió la portezuela, saltó el sacerdote, que se volvió precipitadamente hacia el interior y, empuñando una pistola al capitán, le ordenó con voz que no admitía réplica:

—Apeaos, pronto, si no queréis que os descerraje un tiro.

—¡Cómo!... — quiso protestar el militar, que estaba muy envalentonado mientras no vió en el cura más que un simple impertinente, pero que se sentía acorralado al enfrentarse con un bravo.

—¡Presto... no hay tiempo que perder!... ¡Bajad también vos, señorita! —añadió en inglés, dirigiéndose a la muchacha, que contemplaba la escena muda de terror—. ¡Y tú, canalla, echa a correr, pon al trote a tus caballos y no pares hasta que éstos caigan rendidos de fatiga... si no quieres seguir la suerte de ese hombre!...

El cochero, sin replicar, espoleó a sus caballos y partió con gran estrépito, perdiéndose en las sombras de la noche.

—Ahora te arrojas al agua... sin chistar — ordena el cura al militar.

—Es que no sé nadar...

—Eso no me concierne... O te arrojas al agua o te empujo yo... — añade, dándole tan fuerte empellón que el infeliz va a caer en lo profundo de las aguas en donde se le oye debatir un momento y en donde poco a poco se va haciendo el silencio, el silencio profundo de las grandes tragedias.

—Pronto, señorita, no tenemos tiempo que perder... Seguidme sin hacer ruido—dijo, comenzando a caminar por el muelle, en busca de la barrica X señalada en el extraño mensaje que le habían dado hacía unas horas en el mesón.

La muchacha le miraba hacer. No tenía miedo. Sentía una profunda confianza en aquel hombre que la había salvado defender tan bien y que la trataba con tanto respeto. Sólo sintió un extraño sobresalto cuando vió que su compañero, poniendo en sus manos una pistola, destapaba una barrica, la cogía a ella en brazos, como si fuera una niña, y la introducía en aquella barrica entrando luego él en el estrecho recinto y volviendo a colocar la tapa cuidadosamente.

—¿Qué hacéis?... ¿Qué hacemos los dos aquí dentro? — preguntó, amedrentada de la aventura.

—Nada temáis... Pasaremos unas horas incómodos... pero cuando amanezca saldremos para Inglaterra.

—¿Vos sois inglés?

—¿No lo habíais adivinado?

—¿Y no sois sacerdote?

—Y no soy sacerdote... Tuve que disfrazarme para escapar de la persecución de los franceses... Pero mi historia no es la que importa... Ahora importa salvarnos los dos o, de lo contrario, los dos estamos perdidos.

—Procuraré hacer lo que me mandéis.

—Entonces callad hasta que estemos en alta mar y nadie pueda oirnos.

La muchacha obedeció. En silencio estuvieron. Notaron como, al amanecer, alguien venía a cargar las barricas en una gran barcaza, y como la en que ellos estaban rodaba por el muelle e iba a caer en medio de las otras. Sufrieron un poco de vértigo y de magullamiento. Pero aquello no era nada comparado con lo que podría suceder.

Mientras los cargadores iban a [illegible] nueva carga, el desconocido salió de la barrica, se fué al timón, puso las velas al viento y proa a la mar y salió rápidamente de la rada, amparado por la niebla de un amanecer frío y grisáceo del norte, propicio para las grandes aventuras.

—¡Buenos días!—gritó el mozo cuando el sol se levantó en el horizonte y se sintió lejos de toda persecución.

—¡Buenos días! ¿Ya se puede hablar?—preguntó la muchacha, asomando su cabecita dorada por la boca de la barrica.

—Sí, ya estamos en alta mar; ya nadie puede escuchar nuestras voces. ¿Cómo os llamáis?

—Elisabet... ¿Y vos?

—Jonathan—replicó el que la víspera iba vestido de sacerdote y llevaba ahora un simple traje de marinero.

—¿Puedo venir junto a vos?

—Sin duda... ¿Habéis dormido esta noche?

—No he pegado los ojos... El lecho era un poco duro y la postura no muy cómoda.

—¿Estáis arrepentida de haber venido conmigo?—preguntó Jonathan, mirando a aquella criatura que ahora, a la luz del sol, en pleno aire marino, tiene el aspecto de una sirena surgida de las olas.

—¿Arrepentida?... ¡Nunca me había sentido tan feliz como hoy!... ¡Qué bello día!... ¡Ya huele a Inglaterra el agua del mar!...

—Tardaremos más de una semana para llegar a Inglaterra—replicó Jonathan Blake, un poco arrepentido de haber arrastrado con él, a aquella aventura extraordinaria, a una mujercita toda delicadeza, tan fina como una flor de estufa, a la que el viento del océano parece querer marchitar.

—¡Una semana de felicidad!—suspira ella, aliendo fuerte el aire cargado de yodo y de salobre sabor.

—Vuestro vestido, Elisabet, no es el más adecuado para ir en esta barcaza... Es un vestido que atraería a muchos marineros si pudieran verlo... pero que os ha de ser muy incómodo para llevar durante toda una semana... Voy a ver si entre mi equipaje—dice con ironía, puesto que ni él ni ella tienen equipaje ninguno— encuentro algo más adecuado para estos días de navegación.

Y busca en la lancha y encuentra, en un rincón, un jersey de marinero y unos amplios pantalones.

—¿No os iría bien eso?—pregunta, mostrándole a la joven.

Ella ríe con una risa infantil, ingenua, de chiquilla feliz.

—¡Pantalones!... ¡Siempre he deseado llevarlos!... Pero ¿dónde me cambio?

—Señora... el tocador está en el ala izquierda del buque—dice Jonathan cómicamente, mostrándole la barrica.

Elisabet vuelve a introducirse en la barrica y cambia su ropa por la ropa de marinero que han encontrado. Cuando vuelve a aparecer parece un gentilísimo grumete creado por los dioses. Jonathan le dirige una larga mirada de admiración. El pelo de oro flota en torno a la frente blanca y tersa, agitado por el viento, circundándola de una aureola resplandeciente, y los ojos tienen luminosidades marinas y chispazos de luz, como los que el sol pone sobre las crestas de las olas.

Así van pasando los días, mecidos por el mar y por sus ensueños. Hablan

largos ratos, cuando el mar está en calma y la lancha, hinchadas sus velas, se desliza suavemente sobre las olas. Comparten la frugalísima comida que Jonathan ha encontrado preparada dentro de la barrica y que sólo había sido puesta para una persona, pero ni uno ni otra tienen mucho apetito. Se sienten tan dichosos, tan desligados de todo lo terreno, tan etéreos, que parece que sus cuerpos no existen y que sólo son sus almas las que hablan y las que se comprenden.

Jonathan le ha explicado a Elisabet su amistad con Horacio Nelson, cuando los dos vivían allí, en el pueblecito de Norfolk, cuando eran compañeros infatigables de aventuras, cuando sellaron su pacto de seguirse siempre y cómo ese pacto tuvo que romperse y emprender cada uno de ellos distintos caminos.

—Horacio Nelson empezó como grumete en el "Reasonable"...y ha llegado ya a Almirante de la flota inglesa—acaba diciendo con un profundo orgullo de amigo y de patriota.

—¿Y vos, en qué habéis acabado?—pregunta Elisabet, que ha escuchado atentamente la narración.

—¿Yo? Ya lo veis. No soy nada más que un simple mortal.

—¿No habéis vuelto a ver a vuestro gran amigo?

—¡Jamás! — replica Jonathan con nostalgia.

—Yo hace poco tiempo que le vi, en Nápoles... Estaba entonces herido por su hondo y trágico amor a lady Hamilton, aquella bellísima mujer que supo conquistar el corazón del gran hombre...

—¡Un amor trágico!—susurra Jonathan, soñando—. ¡Triste amor el que nunca lleva al matrimonio!

Elisabet baja los ojos, porque ha sentido remontar a ellos cálidas lágrimas, luego mira al horizonte sin fin y se queda callada, triste, ensombrecida, como si en su alma se hubiera alzado algún recuerdo amargo, alguna idea atormentadora, algún pesar invencible.

Jonathan no se ha dado cuenta del cambio brusco de Elisabet, de aquel cambio que se ha operado en ella al pronunciar él aquella frase llena de nostalgias:

"Triste amor el que nunca lleva al matrimonio..."

Y de pronto, con un tono alegre y confiado, como si toda su vida hubiera sido iluminada, exclama:

—¡Luces!... ¡Luces en el horizonte!...

—Las veo desde hace un rato—contesta lentamente Elisabet—. Pero no pensé que pudieran causaros tanta dicha.

—¡Son las del puerto de Dover! ¡Ya estamos en Inglaterra!—exclama Jonathan con júbilo incontenido.

—¿Ya?...—murmura ella con lánguido acento—. Siento haber llegado tan

pronto. ¡Qué fugaces son las horas de la dicha!

Jonathan se la queda mirando largamente, con una mirada de muda interrogación.

—¿Quién sois vos?—le pregunta, cogiéndola de una mano y escudriñando en el fondo de aquellas misteriosas pupilas azules—. ¿De dónde venís?... ¿A dónde vais?... Nada me habéis dicho de vos... ¿Quién sois?

—La que vos creéis... Me conocéis tan bien como yo misma. Me he mostrado a vos tal como realmente soy. No queráis averiguar más...

Jonathan besa respetuosamente aquella mano, la besa con unción, con castidad, con reverencia, como besaría la mano de una santa. Siente en su corazón crecer el amor, esa maravillosa planta que se encuentra en los lugares más insospechados, que llega sin previo aviso y arraiga en el alma haciendo de ella un cielo de venturas o un infierno de desdichas, porque el amor es planta que no fructifica en los climas medios y que se nutre de la extrema dicha o del extremo dolor.

Para Jonathan Blake la floración de la planta maravillosa hallada en medio del océano, comenzaba a brotar en la más esplendorosa y brillante de las perspectivas más halagüeñas que un alma puede acariciar.

En Dover dejaron la gran barcaza y fueran al mesón. Estaban hambrientos. Habían estado diez días navegando por el océano, comiendo insignificante ración de galleta y pescado seco, y ahora sentían la necesidad de calentar el estómago con los platos suculentos que el mesonero iba colocando ante ellos.

—¿Otro poquito más, caballero?—decía el mesonero, volviendo a ofrecer la fuente—. Era un ganso finísimo. Este morlito quizá apetezca a la señora. Yo les aseguro que era el ganso mejor criado de todo el condado. Lo he tenido cuarenta meses. ¡Está tan tierno! Y para postre les traeré queso y un vinillo negro que es el mejor que tenga en la bodega.

Elisabet y Jonathan reían felices en tanto saciaban el hambre de aquellos días pasados.

Cuando tuvieron servido el vinillo negro Jonathan levantó su vaso y, ofreciéndolo a Elisabet, dijo:

—Por vuestra felicidad.

—Y por la vuestra—contestó ella, bajando los párpados y volviendo a sentir que las lágrimas pugnaban por escaparse de sus ojos.

—¿Les prepararé el cuarto?—dijo el mesonero, que se movía servilmente en torno a aquellos dos huéspedes a los que adivinaba nobles y acaudalados.

—Dos, dos cuartos, amigo mío—recalcó Jonathan, mirando a Elisabet por el rabillo del ojo y viendo que ésta se ruborizaba deliciosamente.

—¡Ah, os imaginaba marido y mu-

—Esta noche daremos el golpe—dice uno de aquellos hombres.

...con cuidado, procurando no ser vistos...

—Lo que haga uno, también puede hacerlo el otro. Recuerda nuestro pacto.

—Voy a luchar por mi Patria, por Inglaterra, a la que todos nos debemos — dice el pequeño Nelson.

—Yo conozco un poco el inglés.

La cogió entre sus brazos como si fuera una niña y la introdujo en la barrica.

Así pasan los días, mecidos por el mar y por sus ensueños.

—Eva, imprudente, venir aquí. No debías haber hecho nada por averiguar mi paradero.

La había encontrado muchas veces en el mundo desde que frecuentaba todos los salones.

—Os felicito por vuestros grandes triunfos.
—Sólo a vos los debo.

—Nos están vigilando. Mi marido desconfía de todos y de todo...

Elisabet, en un momento de abandono, de apasionada ternura, corre a los brazos de Jonathan.

...lord Stacy fué a visitar a Jonathan.

—¡Es el peor desastre que se registra en la historia de la marina inglesa!

Tomaño desafío enfrentó a muchos, aún intentando poner fin a su vida.

—¿No la aceptará... ni por aquel muchachito de nuestro pacto... ni por Horacio Nelson?

jer, perdón!—murmura el pobre hombre.

Terminada la cena subieron al piso alto, donde les habían preparado las habitaciones. Estaban una frente a otra, en el mismo pasillo. Jonathan acompañó a Elisabet hasta la puerta de su cuarto, reteniéndola un momento de la mano, mientras le decía en voz muy queda:

—Si ahora fuéramos marido y mujer... no tendríamos que separarnos...

—Pero no lo somos—replicó Elisabet, desprendiendo su mano de entre la mano de Jonathan que la quemaba—. Buenas noches... Descansad...

—Buenas noches, Elisabet...

Jonathan le besó la mano, la saludó rendidamente y fué a su habitación, respetando a la muchacha que se había confiado a él tan ingenuamente, que había vivido con él durante diez días en la soledad magnífica del océano y que era para él sagrada, porque era ella la mujer amada de veras, la mujer que se desea hacer propia y que ha de fundar y perpetuar una raza nueva brotada de aquel amor puro y grande que le agitaba el pecho.

* * *

A la mañana siguiente Jonathan se despertó temprano, se vistió de prisa, se acicaló y fué a llamar a la puerta de Elisabet con esa alegría infantil que sienten siempre los enamorados cuando se creen correspondidos.

Nadie respondió a los discretos golpes dados en la puerta, que fueron haciéndose cada vez más fuertes. Luego, como viera que nadie respondía, llamó:

—¡Elisabet!... ¡Elisabet!...

Pero tampoco nadie contestó a este nombre.

Entonces empujó la puerta y, viendo que cedía, entró en la habitación. No había nadie en ella.

—¿Puedo hacer algo por usted?—preguntó el mesonero, que había acudido al escuchar la voz de Jonathan.

—No... ¡Todo está ya hecho!—excla-

mó Jonathan Blake, sintiendo que algo muy hondo y muy doloroso se había roto en su corazón.

—El coche de Londres va a partir, señor... No se detenga usted—dice el hombre, viendo que míster Blake no se mueve de aquella habitación que parece haberle embrujado—. Es inútil que espere a la dama. Marchó a primeras horas de la mañana en un coche particular que ha mandado alquilar.

—¿Y no dejó ningún encargo para mí?

—Nada, señor. Mucho me extrañó, pero así fué. Se marchó sin decir palabra.

—Toma, cinco libras... Pide al cochero la dirección de la dama, averigua dónde la condujo y escríbeme lo que supo a Londres, a esta dirección —dijo Blake, alargando al mesonero las cinco libras y una tarjeta con su dirección.

—Gracias, señor, haré lo que decís, pero daos prisa, el coche va a partir. Poneos el abrigo... está muy frío la mañana...

Jonathan no sentía el frío, porque lo llevaba clavado tan hondo en su corazón que la carne no lo sentía. Subió al coche como un sonámbulo y se dejó conducir a Londres sin fijarse en los pasajeros que con él viajaban, ni en el paisaje familiar, ni en la belleza del cielo sereno y radiante que tenía una tierna semejanza con los ojos de aquella mujer que tanto daño le acababa de hacer.

* * *

En Londres se recibió a Jonathan Blake con entusiasmo. Angerstein le invitó a comer en su casa y festejó con frases de elogio su conducta heroica durante su larga permanencia en Francia.

—Eres mi orgullo—le dijo—. Un día te protegí sintiéndote desvalido, viéndote inteligente y de buena voluntad. Hoy me siento orgulloso de ti, como un padre se sentiría orgulloso de su hijo. Y seré yo el que apoye tu sindicato, porque mereces tener un sindicato para ti solo, unido al Lloyds general, un sin-

dicato que lleve tu nombre y que será la gloria del país... Pero ¿qué te pasa? ¿No me escuchas... ¿Estás enfermo?—le pregunta al verle distraído, ausente, perdido en quién sabe qué divagaciones.

—No, no, estoy bien, le escucho—dice Jonathan, haciendo un esfuerzo para que no se descubra su secreto.

—Trabajas demasiado. La lucha que has emprendido es dura. Deberías tomarte más reposo.

—El trabajo es lo único que me interesa... Dejad que me dedique a él y que olvide todo lo que con él no tenga relación.

Angerstein no quiso insistir. Veía que Jonathan Blake le ocultaba algún dolor íntimo, pero veía también que el muchacho quería sufrir a solas, llevar a solas la angustia que atenazaba su alma.

* * *

Jonathan Blake volvió a consagrarse a la vida de los negocios de seguros, trabajando ahincadamente en ellos, consiguiendo sumas fabulosas y una celebridad que día a día se iba extendiendo en los medios marítimos de todo el país, y aun en otras ramas del seguro por Blake iniciadas.

Seguía concurriendo al café del Lloyds, donde la gentilísima Polly le esperaba siempre con una esperanza secreta escondida en su corazoncito de chiquilla ingenua.

—Ya no se os ve sonreír, míster Blake—le dijo un día la mocita acercándose a su mesa a servirle el café que había pedido—. ¿Una mujer?...—inquirió, mirándole con picardía a los ojos.

—Sí, una mujer — contestó tristemente Jonathan, pensando en Elisabet.

En aquel momento llegó su lacayo con una carta.

—Viene de Dover y es para vos—dijo entregándosela.

El rostro de Jonathan se iluminó con una sonrisa, temblaron sus manos com-

piendo el sobre y leyó precipitadamente aquellas breves líneas que volvían a poner en su alma una esperanza y una ilusión.

—¡Ya la encontré!—exclamó con un grito de triunfo y de júbilo.

—¿Qué habíais perdido, señor? —preguntó el lacayo, sin comprender.

—¡La encontré!—suspiró Polly, a lo que el corazón le había dicho la verdad.

—¡Vamos, pronto, vamos!—dijo Jonathan saliendo a la calle y subiendo a su coche—. Llévame a esta dirección.

* * *

Llegó a casa de Elisabet cuando la fiesta estaba en pleno apogeo. No se hizo anunciar. Entró en los salones confundido con un tumulto de invitados que llegaban al mismo tiempo que él, y buscó con los ojos a aquella por la que su corazón gemía desde que la había perdido.

La vió allá, en el fondo de un salón, esbelta, distinguida, casi incorpórea en su "toilette" blanca de ricos encajes que dejaba al descubierto sus hombros y que realzaba la belleza de su rostro perfecto, de su rostro de ángel aureolado por aquella corona de cabellos rubios, casi luminosos de tan brillantes, y por aquellos ojos de una luz purísima que le miraron asombrados, llenos de júbilo sincero primero, en seguida cubiertos de terror.

Cuando se inclinó ante ella para saludarla y le besó la mano, Elisabet le dijo en voz baja:

—¿Por qué vinisteis?

—Acabo de saber vuestra dirección... Desconocía que dabais esta fiesta... Pero tenía necesidad de veros...

—Fué imprudente venir aquí... No debíais haber hecho nada por averiguar mi paradero.

—Esto es como si quisiérais que el mar cesara en su constante vaivén... ¿Puedo tener el honor de este baile?—pregunta Jonathan, escuchando las primeras notas de un rigodón.

Elisabet no pudo negarse y se dejó llevar por Jonathan que estaba silencio-

su porque se agolpaban a su garganta demasiadas emociones para poder hablar.

—No debiais haber venido... No debiais haber venido — repetía Elisabet cada vez que las vueltas del baile la reunía. Y de pronto, poniendo en su acento toda la angustia que le mordía el alma, suplicó:

—Marchaos, por favor... Otro día os explicaré...

—¿Por qué huisteis de mí?—inquiere Jonathan con una sonrisa.

Elisabet se detiene, mira angustiada a Jonathan y luego vuelve los ojos a su caballero que acaba de detenerse ante ellos:

—Jonathan Blake...—presenta Elisabet con voz temblorosa—. Lord Stacy, mi marido—concluye diciendo, sin tener fuerza para fijar sus pupilas en los ojos de Blake en los que adivina toda la amargura que en ellos ha de haber dejado la frase que acaba de pronunciar.

—¡Ah, Blake, el camarero del Lloyds!—exclama el impertinente Lord Stacy con tono desdeñoso y sin dar la mano al que acaban de presentarle.

Jonathan Blake se inclina ante Elisabet y su marido y dice, procurando guardar todo su aplomo y toda su presencia:

—Vine a presentaros mis respetos... Buenas noches.

Y se aleja con paso firme, seguro, dominando su emoción y las tentaciones que tiene de echar a correr, de huir lejos, muy lejos, donde no hallen ya eco aquellas palabras que para él han sido el derrumbamiento de toda su vida:

—Lord Stacy... mi marido...

—Supongo que no habrás invitado tú a ese aventurero—dice entre tanto Lord Stacy a Elisabet que se ha quedado con la mirada fija en el punto por donde partió Jonathan.

—Fué él quien me libertó en Francia—contesta Elisabet, soñadora, acordándose de los venturosos días pasados en la inmensa soledad del mar al lado de aquel hombre todo delicadeza, todo espíritu, que había despertado en ella los más dormidos ecos de felicidad.

—¡Ah!... ¿Era ése?... ¡Pssshé!... No comprendo como las mujeres os podéis encaprichar de un plebeyo de esa traza...

El *plebeyo*, como le había calificado Lord Stacy con altivo desdén, había marchado por las calles de Londres como un sonámbulo, sintiendo que todo en derredor suyo estaba muerto y que él no era más que un espectro que deambulaba sin rumbo cierto por una ciudad odiada.

Todo se había humillado a sus pies al saber que Elisabet pertenecía a otro hombre, que no había posibilidad de acercarse a ella, que era una Lady unida para siempre a aquel odiado Stacy al que ya conocía del café Lloyds, cuan-

do fué a él a ofrecer la herencia de su abuela, creyendo que el negocio del seguro era un juego de azar.

Jonathan Blake corrió ahora, de nuevo, al café del Lloyds y comenzó a beber, a beber insaciablemente para olvidar o para mitigar aquel dolor que le rasgaba el corazón y le producía angustias de muerte.

Por primera vez en su vida había mirado a Polly con ojos amables y la muchachita se había sentado junto a él y había comenzado a beber con él con idéntico entusiasmo, como si ella también necesitara olvidar algo que le hiciera daño inconscientemente, porque Polly no llegaba a darse cuenta de que sufría del desamor de Jonathan Blake.

Jonathan comenzaba a alzar la voz. El vino hacía su efecto y sentía la audacia de la embriaguez:

—¡Yo también soy camarero!... ¿Lo habéis oído?... ¡Yo también soy camarero!—gritaba a toda voz, mirando a los comensales que se agrupaban en torno a las mesas y que no habían demasiado caso de aquel hombre cómico.

—No bebáis tanto, Jonathan... Os va a hacer daño—imploraba Polly que conservaba todavía su serenidad y que miraba con compasión al muchacho.

—¿Que no beba? ¿Qué quieres que haga un plebeyo como yo, sino beber? ¡Es la mujer de un Lord... y me lo había callado!

—No merece ella vuestro pesar, os lo aseguro... ¿Qué importa la sangre azul si no se tiene el alma noble! ¿Debía haberos dicho que estaba casada en cuanto notó que vos comenzabais a amarla!

Jonathan no respondía, volvía a llenar su vaso y lo vaciaba de un solo trago.

—Escuchadme, Jonathan — dijo la muchacha, cogiéndole la botella y arrojándola lejos de sí—. No quiero que bebáis más. Estáis cometiendo una verdadera locura... Escuchadme... Yo también soy de vuestra clase... plebeya, pero honrada y con un alma muy grande para quereros toda la vida... Si vos quisierais...

Pero Jonathan no la escuchaba. En el cerebro le martilleaban aquellas palabras que se le habían clavado en el fondo del alma y que repetía con esa pesadez de los borrachos:

—¡Un camarero!... ¿Soy un camarero!... ¡Pero ya verán ellos de lo que es capaz un camarero!... ¡Subiré tan alto que ni ellos mismos se atrevan a llegar hasta mi altura!...

—¡Basta, basta ya! ¡Aquí no se pueden armar semejantes escándalos! — dijo un camarero acercándose a Blake y tratando de calmarle.

Pero Blake estaba fuera de sí y continuó diciendo:

—¡No tardarán en aclamarme ellos mismos, los que hoy me desprecian, los que hoy me insultan!... ¡Yo haré que todo Londres hable de mí!...

* * *

Y así fué. Jonathan Blake trabajó desde aquel día con más ahínco, con más entusiasmo y comenzó a hacer vida de gran señor. Le vestía el mejor sastre de Londres. Pronto fué él quien lanzó la moda. Tenía el mejor tronco de toda Inglaterra. Sus caballos se hicieron famosos. El tren de su vida fué algo fabuloso, fantástico, derrochador. Impuso sus maneras, su acento, sus modales, sus costumbres. Y se impuso, ante todo, por la enorme suerte que le perseguía en todos los juegos de azar: en las carreras, en los pugilatos, en las mesas de juego de los casinos, y, cosa inaudita, incluso en la audacia de sus aseguraciones, puesto que Blake había constituído su propio sindicato de seguros y lo aseguraba todo; ya no se limitaba a los seguros marítimos, sino que aseguraba incluso las vidas humanas... ¡y ganaba siempre!

Un día el "Times", el periódico de más tirada de Londres, anunció en grandes letras el anuncio de que William Gafin, un viejo millonario, moriría aquel mismo día a las doce en punto, por lo que el Sindicato de Seguros Blake no había querido asegurarle.

El viejo, indignado de tamaña osadía, corrió a encontrar a Blake y le amonestó severamente:

—¡Es usted un títere sin vergüenza! —le gritó a la cara—. ¡Es un crimen asegurar contra las vidas humanas!... ¡Habéis jugado por mi muerte, hoy, a las doce del mediodía!... ¡Pues bien, estoy seguro de que por esta vez perderéis!... ¡Nunca me había sentido tan fuerte como hoy!

—Me felicito de ello, señor... Pero todavía no son las doce y lamentaría que os equivocarais—replicó Jonathan Blake con flema y disgusto.

—¡Canalla!... ¡Y se atreve a bromear!... ¡Yo os prometo que viviré para veros muerto!

—Está bien, señor... Hasta la eternidad, puesto que no podremos volver a vernos mientras vivamos... Ahora me voy a tomar mi café—dijo Blake, saludando galantemente y marchando al café del Lloyds para entrevistarse con

Angerstein, al que hacía mucho tiempo no veía.

—¿Estáis muy enojado conmigo?—le preguntó, al entrar, viendo la cara del viejo Angerstein que le miraba con desacostumbrada severidad.

—Muy enojado, no; solamente enojadillo—contestó Angerstein, sonriendo a aquel mozo que se había convertido en el hombre de moda de Londres.

—¿Y vais a reñirme?

—Es preciso que lo haga, Jonathan; no olvides que siempre nos hemos tratado como padre e hijo y que tengo alguna autoridad sobre ti ya que tú has querido siempre considerarme como tu padre.

—Es verdad... Estoy dispuesto a escuchar la reprimenda.

—Creo que te excedes en eso de los seguros. Me han dicho que te has atrevido incluso a asegurar piernas de mujer... Y que también te has atrevido a asegurar a la reina contra la contingencia de tener gemelos... ¡Esto no es asegurar, Blake, esto es ya un juego de azar!

—Lo que yo hago es estrictamente legal, Angerstein, nada hay contra ello...

—¡Legal!... ¡Pero es indigno! ¡Es contra la tradición!—exclama Angerstein, que está sinceramente indignado por lo que ocurre.

—Día llegará, señor, en que el mundo entero sabrá que Lloyds de Londres lo asegura todo bajo el sol; y día vendrá en que las gentes lo asegurarán todo, fiados en la dignidad de Lloyds.

—Eres un mozo extraño... vehemente y sincero... pero demasiado arriesgado... Has cambiado mucho, Jonathan. No te comprendo...

—No lo intentéis, señor... ¡La vida da muy duras lecciones y nos hace volver muy extraños!... Si no mandáis lo contrario voy a señalarme para la fiesta de Lady X. Creo que asistirá a ella incluso el Príncipe de Gales y no quiero dejarme perder una ocasión como esta de aparecer en público, ahora que ya todo el público es mío.

Y Jonathan Blake se puso sus mejores galas y pasó por el café del Lloyds antes de asistir a la fiesta.

—¡Oh, un nuevo traje!—exclamó Polly, con admiración, al verlo—. ¡Si hoy me quisierais de compañera!...

—¿Por qué no? Vente conmigo... Al fin y al cabo, dos plebeyos pueden asistir a cualquier fiesta aristocrática si se presentan bien vestidos.

—¡Jonathan! — exclamó un cliente, acercándose a mister Blake—. ¿Sabes aquel viejo cascarrabias que ha venido esta mañana a decirte que viviría para ver tu muerte? Pues bien, al mediodía, a las doce en punto, mientras daba una paliza a su cochero por no sé qué infidelidad que había cometido este, ha caído muerto a sus pies.

—¡Ganó la apuesta! Doy mi parte al

Asilo de Marineros — responde Blake sin inmutarse.

—No perderás nunca...

—¡Quién sabe!—murmura Polly, coquetuela—. Apuesto a que no me presenta al Príncipe de Gales...

—¡Un beso contra 10 libras!—replica Blake con galantería, recogiendo la apuesta y mirando a la muchacha fijamente.

—Sea como esa ganarás—dice el que está seguro de la suerte de Blake.

Polly acepta la apuesta.

—A las diez os espero, "milady"—dice Blake, inclinándose profundamente ante la marinerita.

—Estaré esperándoos, "milord"—replica Polly, haciendo una graciosísima reverencia.

* * *

A las diez en punto fué Blake a buscar a Polly y la llevó a la fiesta de lady X., presentándola como lady Bradford. Así pudo Polly sentarse al lado del viejo duque de Queensberry, quien al ver a aquella chiquilla bonita, ataviada elegantemente, sintió renacer sus años mozos, tan lejanos ya.

Jonathan Blake se sentó ante una mesa de juego, al lado de Polly, la flamante lady Bradford, quien, a su vez, estaba sentada al lado del viejo duque. La suerte comenzó a favorecer a Blake y a su compañera y pronto todas las ganancias fueron para ellos, causando la admiración de todos los que seguían con creciente interés aquel juego aventurado del que eran ellos dos los protagonistas.

Jonathan Blake jugó un rato y luego, levantándose de la mesa, fué a pasear por los salones, seguro de que vería de lejos o de cerca a Elisabet, a su bellísima compañera de viaje, a aquel sueño divino que le arrolló unas horas y que le había lanzado a un infierno de desesperación.

Lord Stacy se acercó a la mesa donde estaba jugando Polly con una suerte fantástica, como si la suerte de Blake se le hubiera contagiado a ella.

Comenzó el juego de nuevo. Polly se-

guia ganando y sus manifestaciones de júbilo eran silenciosas, pero muy expresivas.

—Lady Bradford no deja ganar a nadie esta noche—dijo el viejo Queensberry a lord Stacy.

Fué entonces cuando lord Stacy se fijó en aquella dama que estaba sentada enfrente de él, y, reconociéndola en seguida, le preguntó irónico:

—¿Desde cuándo empleáis vuestras noches en estos mesesferes?

—¡Ah!... ¿Os conocíais ya? — pregunta el viejo Queensberry, mirando de reojo a Stacy, porque teme que con su apostura y su juventud se capte más pronto las simpatías de aquella gentilísima muchacha a la que él ha estado galanteando toda la noche.

—Sí, nos conocemos muy bien... y desde hace mucho tiempo — murmura lord Stacy mirando sus cartas.

—¡Os gané! — exclamó Polly mostrando las suyas.

—¡Magnífica noche para una sirvienta!—murmuró lord Stacy con ira mal reprimida.

—Milord, el sirviente, en estos momentos, sois vos... Servios darme una copa de champán — replicó Polly sin arredrarse, dándose aires de gran señora y obligando al orgulloso lord a servirla a ella, a ella que no era más que la doncellita del café Lloyds.

Entretanto, Jonathan Blake, había recorrido todos los salones y había encontrado a la que buscaba, a la bellísima lady Stacy que ya no era la muchacha alegre y dichosa que conociera en la barcaza que les condujo a Inglaterra desde Francia, sino que se había convertido en una mujer grave, melancólica, entristecida por una suerte dura y por un destino cruel. Era ahora Elisabet, la mujer que ama con toda su alma y sin esperanza ninguna, y aquel amor ponía en la claridad de sus ojos azules tristezas inenarrables.

Jonathan la había encontrado muchas veces en el mundo, desde que él se había lanzado a la vida de los grandes aristócratas y frecuentaba todos los salones. Pero rara vez cruzaban a solas la palabra. Les bastaban los ojos para comprenderse y los dos sabían que el amor que había florecido en el océano se había convertido en el pecho de cada uno de ellos en un volcán que todo lo destruía y que había destruído, sobre todo, su mutua felicidad.

Aquella noche Elisabet dejó que Jonathan besara su mano y, tratando de esbozar una sonrisa en la que había mucha amargura, le susurró:

—Os felicito por vuestros grandes triunfos.

—Sólo a vos los debo—replicó Jonathan—. Vos me habéis hecho desconfiar de los humanos, de sus palabras, de sus promesas...

—¡Oh, no seáis cruel! — murmuró Elisabet, sintiendo un agudo dolor en

su corazón—. Acaso algún día pueda explicaros mi historia. Entonces no me juzgaréis tan mal como me juzgáis...

Una tosecita seca e impertinente interrumpió aquella conversación. Era lord Stacy, que, celoso de su mujer, la vigilaba siempre de cerca y veía a ellos porque adivinaba en el serio y rígido Jonathan Blake su más temido rival.

—¡Je, je, je! ¿Recordando tiempos pasados, eh?—les interrogó, mirando fijamente a uno y a otro con su monóculo impertinente—. Elisabet, deberías invitar a Sir Blake a cenar. Nunca le he visto en nuestra casa. Creo que debemos invitarle.

—¿Aceptáis? ¿Estáis libre el jueves?—preguntó Elisabet, obedeciendo a su marido, pero temiendo mucho que todo aquello tuviera un fin desagradable.

—Nos daréis un placer — dijo lord Stacy, para obligar al muchacho a aceptar.

—El jueves cenaré con ustedes—se limitó a contestar Blake, alejándose seguidamente del grupo que formaban Elisabet y su esposo.

Y siguió caminando por los salones, sin fin determinado, vagando como vagaba siempre entre la multitud, con la mirada lejana, ausente el espíritu, el cerebro preocupado en sus propios pensamientos, prescindiendo en absoluto de todo el ambiente que le rodeaba.

En un rincón vió a Polly conversando animadamente con lord Queensberry, como si fueran antiguos conocidos. Y vió como se acercaba al viejo lord el Príncipe de Gales, como le saludaba, como Queensberry presentaba Polly al Príncipe y como ésta, sobrecogida por aquello tan inesperado y viendo que perdía la más audaz de las apuestas hechas por Blake, caía desmayada en brazos de Queensberry.

Jonathan Blake sonrió melancólicamente: tenía suerte en todas sus apuestas, menos en las apuestas del corazón. Había jugado el suyo a una sola carta y lo había perdido para siempre.

* * *

El jueves, a la hora convenida, acudió Jonathan Blake a casa de lord Stacy. Le recibieron en el salón, amueblado con un gusto y una riqueza exquisitos. Elisabet estaba bellísima en su traje de noche que le dejaba al descubierto los

hombros y que realzaba la belleza de su rostro perfecto que a Jonathan se le antojó un poco pálido y un poco más triste que de costumbre.

Lord Stacy hizo con gracia los honores de la casa. Llevó a su huésped al comedor y la cena transcurrió sin incidente alguno, en una conversación frívola y trivial en la que los tres se perdían para no adentrar en las materias que a los tres atormentaban.

Terminada la cena el mayordomo vino a advertir a lord Stacy que le llamaban urgentemente del Almirantazgo.

—Mister Blake, tendrá que perdonarme — dijo—. Me llaman urgentemente del Almirantazgo y no puedo dejar de ir. Elisabet, te ruego quieras atender a mister Blake hasta mi regreso.

Lord Stacy salió del salón y de la casa, subió a su coche y ordenó al cochero:

—A la casa de juego de lady Marcham.

La llamada del Almirantazgo no había sido más que una excusa para dejar solos a su esposa y a Blake y así poder coger a Elisabet en alguna fallida de su sexualidad y de su perfecto dominio de sí misma.

Cuando estuvieron solos, Elisabet miró largamente a Jonathan y le dijo, dando un hondo suspiro:

—¡Tenía tal deseo de hablar a solas con vos, de explicaros el por qué de tantas cosas que han de pareceros inexplicables!

—Nunca debí tomaros en serio—replicó Jonathan, que no le perdonaba el engaño de que le había hecho víctima.

—No seáis cruel...

Tuvo que cortar la frase, porque el mayordomo entró y se entretuvo un rato arreglando el fuego de la chimenea. Cuando volvió a salir del salón, Elisabet, que había mirado con recelo a aquel hombre que estaba al servicio de su marido, siguió hablando:

—Mi marido y yo habíamos tenido un serio disgusto en París, cuando decidí abandonarle y huir a Inglaterra... Me casaron con él siendo una chiquilla, sin experiencia ninguna de la vida... Huí... y me encontré con vos, con vos que erais la esencia del hombre soñado en mis largos sueños de mujer desventurada, de vos, que me tratasteis con respeto, con consideración, con un cariño que se leía en vuestras pupilas negras y luminosas cuando me mirabais desde vuestro puesto, junto al timón, y me hablabais de vuestra infancia, de vuestro pasado, de aquella niñez sin amor de nadie que os había hecho fuerte el corazón, de la nobleza del pacto que firmasteis, de palabra, con vuestro amiguito, el que había de llegar a ser el gran Nelson, admirado de toda Inglaterra y temido de todo el mundo... ¿Cómo queríais que hablara entonces? ¿Cómo queríais que con una sola pala-

les destrozara la felicidad de aquellos breves días, los únicos dichosos de mi existencia?... ¡Fueron tan bellos! ¡Tan radiantes!...

De nuevo vuelve a interrumpirse, porque el mayordomo entra a buscar los cubiertos del café y se retarda con estudiada calma, para ver si puede conseguir escuchar alguna palabra; pero Elisabet y Jonathan callan mientras él está presente, y cuando se marcha, Elisabet, con un acento conmovido, vehemente, lleno de pasión, termina la frase:

—¡Tan fugaces!... ¿Y queríais que os contara mi historia y que arruinara algo muy perfecto, muy bello, muy grande, tan grande que había de llenar luego toda mi vida?

—¡Elisabet!—murmura Jonathan en un arrebato de exaltación, acercándose a ella e intentando abrazarla.

Pero de nuevo el mayordomo vuelve a entrar para añadir leña al hogar, aunque en realidad no hace falta alguna.

—La última mañana no tuve valor para veros — sigue diciendo Elisabet cuando vuelven a quedarse solos—. Veros de nuevo equivalía a la necesidad absoluta de confesaros la verdad, y no tuve valor... Preferí huir... y huí dejándoos en la duda... ¿Merezco reprocheros por esto?... Pero ahora debéis marcharos. Nos están vigilando... Mi marido desconfía de todos y de todo. Os espero mañana a las tres, en el estudio de mister Lawrence... Es un buen amigo mío y sabrá comprender. Allí podremos hablar con calma.

Jonathan Blake obedeció, aunque su alma quedaba junto a aquella mujer que le acababa de confesar su amor y que le había devuelto, con aquella confesión, el gusto a la vida y el ansia de llegar a ser algo muy grande para poder ofrecérselo a ella.

* * *

En el estudio de mister Lawrence, el pintor de moda en Londres en aquella época, Elisabet posaba para el artista. Aquella tarde, a las tres en punto, Jonathan Blake llegó al estudio y se sentó junto a la modelo. El pintor oía llegar

hasta él el susurro de las voces, sin distinguir las palabras. En pocos momentos había comprendido lo que ocurría, y, discretamente, dijo, dejando los pinceles y la paleta:

—Lady Elisabet, hoy tiene vuestra mirada una luz nueva. De seguir así vais a deslumbrarme y el cuadro sufrirá deterioro. Con vuestro permiso voy a retirarme.

—¡Oh, vuestra excusa es tan lisonjera... y tan comprensiva!—replicó Elisabet, sonriendo dichosa.

—No notaréis mi falta, lo sé. Estad tranquila. Yo velaré por vos...

El pintor desapareció y Elisabet, en un arranque de amor, de abandono, de apasionada ternura, corrió a los brazos de Jonathan y, llorosa, temblando de emoción y de dicha, le decía entre balbuceos:

—Abrázame... así... fuerte, muy fuerte... ¡Ah, qué dichosa sentirme sostenida por tus brazos! ¡Creí que nunca podría llegar este momento tantas veces soñado! ¡Abrázame! ¡Abrázame en silencio!... ¡No me digas nada!... ¡Lo he adivinado todo desde el primer momento, desde siempre... porque eres tú a quien mi corazón esperaba desde que despertó a la vida!...

Y aquellas dos almas que tanto habían sufrido, que tanto habían llorado, sintieron en aquel instante de suprema felicidad, de dicha intensísima, compensados todos sus dolores y todas sus lágrimas por aquel abrazo que les unía en un lazo tan estrecho que ya sólo la muerte podría romper...

* * *

Unos días más tarde lord Stacy fué a visitar a Jonathan Blake en su despacho.

—Confío en no importunaros—dijo al entrar, sentándose frente a la mesa en la que Jonathan despachaba sus asuntos.

—¿A qué debo el honor de vuestra visita?—preguntó Jonathan, indiferente.

—Hace tiempo me negasteis la admisión en vuestro sindicato alegando no sé qué razones... Hoy han cambiado mucho las circunstancias y el deliberáis de nuevo...

—Nada ha cambiado entre vos y yo —interrumpió Jonathan, que odiaba sinceramente a aquel hombre tan petulante como antipático.

—Por mi parte creo que ha cambiado mucho la situación... Yo me he informado bien y sé que vuestro sindicato es de los más fuertes de Londres... Me suscribiría a vuestro sindicato directamente con cinco mil libras... para empezar. Pensadlo bien, y, si aceptáis, ya me indicaréis en qué forma he de daros el dinero. Confío en que no os molesté demasiado... Hasta pronto.

Lord Stucy se alejó sin haber obtenido de Jonathan Blake ninguna contestación.

En la tarde de aquel mismo día, Jonathan estaba junto a Angerstein en la Bolsa del Lloyds, en espera de noticias. Eran tiempos peligrosos y difíciles para la marina inglesa, porque Francia había declarado la guerra a Inglaterra y el paso del Canal se hacía cada vez más peligroso y más terrible.

Cuando sonó el toque de campana todos se pusieron en pie, como si presintieran que algo muy grave y muy terrible hubiera ocurrido.

En medio del más profundo silencio sonó la voz del anunciador, que decía:

—¡Doscientos cincuenta y cinco barcos han sido sorprendidos por los franceses! ¡Sesenta y siete han sido hundidos y el resto capturados con sus tripulaciones y mercancías! ¡Es el peor desastre que se registra en la historia de la marina inglesa!

Tamaño desastre enloqueció a muchos, que intentaron poner fin a su vida.

Angerstein se pasó la mano por la frente como si se sintiera desfallecer, pero haciendo un esfuerzo sobre sí mismo, murmuró, apoyándose en Jonathan:

—Hay que ser animosos, amigo mío...

—Realmente, es el peor desastre que nos podía ocurrir... ¡Doscientos cincuenta y cinco barcos asegurados! ¡Casi puede decirse que es la ruina del Lloyd! —gritaban los accionistas de la gran compañía.

Angerstein volvió a sentir que las fuerzas le faltaban y Jonathan le sostuvo por el brazo:

—¡Tened serenidad, señor!—le susurró al oído—. Sólo vos podéis salvar esta situación que parece desesperada.

—¡Pero es que es la ruina!—exclamó, desalentado, Angerstein.

—Vuestro desaliento nada remedia, señor. Es preciso tener valor para los grandes golpes—dijo Jonathan, que desde que se sabía amado por Elissbet, se sentía también con fuerza y audacia bastantes para resistir las más horrendas tragedias—. Lloyd puede resistir ese golpe, con un poco de buena voluntad por parte de todos sus sindicatos.

—¡Sí, sí, pagaremos a todos aunque

vayamos a la ruina!—afirmó Angerstein, que tenía plena conciencia de sus deberes.

Entonces comenzó una lucha titánica entre los diversos sindicatos y entre los accionistas de cada uno de ellos. Pasaban los días y no se llegaba a ningún acuerdo definitivo. Los navieros no querían armar sus barcos por temor a perder todo su caudal y querían, en cambio, que se subieran las tasas de seguro para así cubrir el riesgo que corrían lanzándose al mar en aquella época en que la guerra estaba más enconada que nunca.

Se dividieron las opiniones. En las juntas que a diario se celebraban, había discusiones inacabables y nadie podía entenderse. Ni unos ni otros querían ceder.

Lloyds elevó las tasas de sus seguros en proporción al aumento de los riesgos, pero los navieros no estaban conformes con ello, creyendo que Lloyds iba a lucrarse con aquel aumento de tasas, sin ver la necesidad inaplazable de poner los seguros a la altura que las circunstancias exigían.

Angerstein, pasados los primeros días en que pareció haber quedado aniquilado por el golpe recibido, se había vuelto a constituir en el jefe supremo de todo aquel complicado tinglado de los negocios de seguros e imponía a todos su voluntad con la autoridad que le daban sus años de experiencia y la alta consideración y estima que tenía por parte del Gobierno y de cuantos directa o indirectamente trataban con el Lloyds.

—Lloyds no bajará las tasas de seguro que ha puesto de acuerdo con el incremento del riesgo que corren los barcos. Sería suicida para la marina mercante inglesa reducir nuestras tasas y hay que la patria nos pide un sacrificio, lo haremos con gusto y no reduciremos las tasas, pese a quien pese. Es nuestro ultimátum. Que se busquen otras soluciones...

—Si los barcos de guerra escoltasen a los mercantes, el riesgo sería menor y las tasas podrían ser reducidas—insinuó alguno.

—Me parece bien la idea—replicó Angerstein— y prometo someter el caso al Primer Lord del Almirantazgo.

—¡Impugno esa moción!—gritó Jonathan Blake, que hasta entonces había estado callado.

Todos miraron al muchacho que se había puesto en pie y que miraba a todo el mundo con aquellos ojos negros, intensos, de águila dominadora. Cuando consiguió que se restableciera el silencio después de los murmullos que su protesta habían levantado, siguió diciendo:

—Impugno esa moción, porque ello equivaldría a privar a Nelson de la mitad de sus fuerzas. Mientras Napoleón asola Europa, nosotros, los ingle-

ra, vivimos confiados y seguros porque nos defiende nuestra flota. ¡Nos defiende Nelson!... Pero debilitad las fuerzas de las que Nelson puede disponer, menguad las unidades con que cuenta la flota de guerra británica... ¡y Napoleón invadirá Inglaterra como ha invadido toda Europa!

—Sí, pero Inglaterra también necesita comercio... necesita víveres que no da nuestro suelo... necesita exportar sus mercancías a cambio de lo que nosotros no tenemos. Y si la flota mercante inglesa va siendo destruida por los franceses, estamos condenados a perecer de hambre—arguyó uno de los del Consejo del Lloyds.

—No... Es inminente un combate naval, un decisivo combate naval que Nelson está preparando. Tengamos paciencia... y entre tanto aseguremos con las tasas antiguas y sin convoy de escolta — propuso Jonathan, rompiendo con todas las opiniones que hasta entonces se habían formulado para encontrar una solución al grave problema planteado.

—¡Está loco! — murmuraron algunos.

—Mister Angerstein ha dicho con mucha razón que Lloyds está unido al destino de Inglaterra. Pues bien: ¡yo propongo a todos los accionistas que expongan su dinero por el bien de Inglaterra, por el triunfo de Nelson y su escuadra!

—Si seguimos sus consejos vamos a destruir al Lloyds, la obra de tantos años de trabajos y desvelos. ¡Lo que proponéis es la ruina de Lloyds!

—¡Y vos proponéis la ruina de Inglaterra, puesto que queréis quitarle fuerzas a su flota de guerra! ¡Yo os conjuro a que no dividáis la flota de Nelson para atender a vuestros particulares intereses! Lloyds *puede* seguir operando con la tasa antigua... ¡porque mi sindicato seguirá operando con aquella tasa! — dijo Blake, dando un golpe de audacia con aquellas palabras, seguro de que su sindicato se arruinaría en pocos días, pero confiando en Nelson, en el gran Nelson, en aquel amigo de la infancia con el que había sellado un pacto y al que seguía desde lejos, como se habían prometido, sacrificándolo todo por el mayor engrandecimiento de la patria.

* * *

Jonathan Blake cumplió su palabra. Su sindicato siguió trabajando con las tasas antiguas, asegurando los buques mercantes con sumas que no llegaban

a cubrir el riesgo, pero sumas al fin que, como tenían que ser constantemente pagadas, porque los desastres marítimos se sucedían sin interrupción, iban menguando el capital de aquel sindicato tan bien cimentado hasta entonces.

Jonathan, para salvar momentáneamente la situación, aceptó la colaboración financiera de lord Stacy, que volvió a insistir en su deseo de arriesgar alguna cantidad en aquel sindicato que siempre había ganado en todas sus lides, pero que ahora parecía haber caído en desgracia y haber sido abandonado de manos de la fortuna.

Lord Stacy acudió un día al despacho de Jonathan Blake.

—Vengo a deciros dos palabras—le dijo, con su aire impertinente y odioso—. Deseo retirar mil libras de mi capital, porque me hacen falta.

—No las tenéis en vuestra cuenta... Vuestro dinero está ahora flotando. Cuando se cobren los seguros podré pagaros lo que me pedís—replicó Jonathan.

—Anticipádmelas. Me son completamente indispensables.

—No puedo anticipar ni un céntimo. Llevamos solos todo el peso de la marina mercante inglesa y no podemos distraer nuestro dinero.

—Lamento apremiaros, pero necesito esas mil libras—insistió lord Stacy.

—¡Me apremiáis en vano esta vez! Os he dado dinero en muchas ocasiones...

—Era dinero ganado por mi dinero. Nunca me habéis anticipado nada... y yo tengo derecho a mi parte en el negocio.

—Es mi sindicato, y soy yo el que aquí manda. No puedo daros en este momento las mil libras que me pedís... ¡Nelson las necesita!

—¡También las necesito yo! ¡Tengo amenaza de ir a la cárcel si no pago mis deudas!

—Id a la cárcel... ¡Primero es Nelson que vos!—replicó Jonathan, inflexible, seguro de que cumplía un sagrado deber.

Lord Stacy no estaba dispuesto a ir a la cárcel. Necesitaba dinero y se lo haría dar por quien fuera. Por su mujer, por ejemplo. No sería la primera vez que le pidiera dinero a Elisabet para pagar sus deudas de juego.

Encontró a su mujer propicia a ceder, a cambio de obtener el divorcio.

—¡Te lo daré todo, todo... pero déjame libre! ¡Esta vida que me haces llevar a tu lado me ahoga!—le decía entre lágrimas de dolor.

—¿Prometes darme toda tu fortuna?... ¡La libertad va a costarte un poco cara! — replicó lord Stacy con aquella ironía burlona con que hablaba cuando veía que iba a obtener lo que se había propuesto.

—Te lo daré todo de buen grado con tal de obtener mi libertad—replicó Eli-

sabet, sin dudar un instante, segura de que el dinero no hacía la felicidad, de que sería más dichosa pobre al lado de Jonathan que cubierta de galas y de joyas al lado de lord Stacy.

—Está bien; en cuanto me hagas la cesión de tu capital, yo te devuelvo tu libertad por medio del divorcio.

—De acuerdo. Mañana te mandaré a mi abogado para tratar de esa enojosa cuestión.

—Entonces, querida, me marcho a mi Club. Ahora ya puedo ir a jugar tranquilamente — dijo lord Stacy con flema.

Y Elisabet, cuando se quedó sola, se hizo conducir por su cochero a casa de Jonathan Blake, en donde ya era recibida con toda la confianza por el viejo lacayo que hacía las veces de mayordomo, ayuda de cámara y cochero, todo en un pieza, a Jonathan Blake.

—¡Ah, señorita! — le dijo el buen hombre, al verla llegar—. Me alegra veros aquí. Mi amo está tan triste... ¡Debe haber malas noticias!... Pasad, pasad, le encontraréis en el jardín.

Elisabet corrió al jardín y allí encontró a Jonathan, que la estrechó entre sus brazos sin decirle una palabra de cariño, como si el peso de su angustia le quitara aliento para hablar.

—¿Qué pasa, Jonathan? ¿Hay malas noticias?—inquirió Elisabet con la angustia reflejada en sus ojos.

—Sí, amada mía... muy malas noticias... La flota francesa ha burlado el bloqueo de Nelson. La noticia es ya conocida en todo Londres y, naturalmente, retrasada la batalla decisiva en la que todos confiábamos, mi sindicato me ha abandonado. Ya nadie quiere arriesgar dinero asegurando los barcos con las tasas antiguas. Y los barcos no quieren hacerse a la mar sin tener cubierto el riesgo que corren. Mañana, Lloyds, pedirá convoyes para la flota mercante... y el Gobierno se lo concederá... ¡Y Nelson se verá privado de la mitad de su flota de guerra! —exclama Jonathan que está preso de la más honda desesperación.

—¿Cómo pudieron los franceses burlar el bloqueo?—inquiere Elisabet.

—Les protegió una noche tormentosa... El cielo ha cambiado el destino de Inglaterra...

—¡Ah, amigo mío, si tú y yo pudiéramos huir, marcharnos lejos, a algún lugar apartado de la tierra donde poder vivir dichosos y tranquilos gozando de nuestro amor!—exclamó Elisabet recostando su dorada cabecita sobre el hombro de Jonathan y hablando con esa inconsciencia tan femenina, tan de mujer enamorada, que deja por secundarias las catástrofes más espantosas de la historia para pensar sola y únicamente en su amor y en su felicidad, como si nada en el mundo tuviera más interés que el pequeño mundo

dentro del cual saben dos corazones enamorados.

Jonathan la escuchó embelesado, como si aquellas palabras lo sugestionaran y olvidara en brazos de aquella mujer todas las serias preocupaciones que bullían en su cerebro, y estrechándola más fuertemente, como si quisiera fundir en una sola sus dos vidas, le dijo:

—¡Oh, si supieras cuánto te necesito!...

—Y yo a ti... Estoy dispuesta a todo... Quiero trabajar al lado tuyo, sufrir junto a ti, ayudarte a luchar y a triunfar de la vida, por dura que ella sea...

—¡A luchar!... — suspira Jonathan con tristeza—. Ya no es posible luchar, porque todo se ha perdido... Nada puedo ofrecerte...

—En cambio, yo, puedo ofrecértelo todo... Todos mis bienes a ti te los doy... Son tuyos desde ahora — dice Elisabet, sacrificando su felicidad para salvar a su amado—. Mi fortuna es cuantiosa. Para ti es, para que con ella sostengas estos tiempos malos en los que te ves envuelto. Yo no necesito nada. Lo quiero todo para ti, y todo lo mío es tuyo...

—¡Pero es demasiado riesgo! — exclama Jonathan con sincera admiración—. Yo no puedo consentir en que tú expongas todo tu capital en un negocio que está en franca quiebra...

—Mi dinero dará un respiro a tus negocios... ¿Quién sabe lo que puede suceder entretanto? — dice Elisabet, queriendo convencer a su amigo.

—¡No, no, no puedo aceptar, Elisabet! ¡Tu sacrificio es demasiado grande!— dice Jonathan, que desconoce aún la magnitud del sacrificio que aquella mujer se impone, por amor a él, entregándole todo el dinero con el que había de comprar su libertad y obtener la dicha tanto tiempo soñada.

—¿No lo aceptarás?—pregunta ella, apoyando su cabecita sobre su pecho, mimosa y dulce como una chiquilla que suplica un capricho—. ¿No lo aceptarás... ni por aquel muchachito de vuestro pacto... ni por Horacio Nelson?

Jonathan se da por vencido. Besa los labios amados, estrecha fuertemente contra su pecho a aquella mujercita adorada y susurra a su oído:

—Lo acepto por él... y por él te doy las gracias... Te amaba locamente desde que te conocí; desde hoy te amo con mayor ternura, con mayor respeto, con una veneración sin límites... Elisabet, tu rasgo es tan noble y tan generoso que toda mi vida sería poca para pagarte el bien que me haces...

* * *

1

La prensa traía a diario noticias alarmantes y desesperadas de la marcha de la guerra.

Francia seguía venciendo la resistencia de Inglaterra en el mar y, si Inglaterra perdía su preponderancia marítima, podía decirse que Inglaterra estaba por completo perdida.

"El bergantín "Golden Fleece" ha sido capturado por un buque de guerra francés frente a la costa irlandesa" —decía el parte de guerra de 24 de septiembre.

Y el 3 de octubre del mismo año, daba otra noticia más alarmante todavía:

"Amsterdam confirma el hundimiento de cuatro barcos mercantes ingleses apresados por la flota de guerra de Napoleón."

Días más tarde el comunicado oficial daba la siguiente noticia:

"20 barcos de la flota mercante inglesa que navegaban por los mares del Sur de las Islas han sido destruidos por un cañonero francés frente al golfo de Vizcaya."

¡Aquello era la ruina total de las Compañías de Seguros!... Jonathan leía las noticias y sentía que el alma se le escapaba, que ya no tenía fuerzas para seguir luchando en un terreno que cada vez era más falso. El dinero aceptado de Elisabet se iba perdiendo en aquellos hundimientos constantes que tenía que ir pagando la Compañía aseguradora, y Jonathan veía claramente que su sindicato, el único que había querido sostener las pólizas de seguros al mismo precio que antes de la guerra, iba a hundirse en medio de la más grande hecatombe, arrastrando tras sí a muchas fortunas que en él habían confiado; entre ellas la fortuna cuantiosa de Lady Stacy, de su amadísima Elisabet, a la que hubiera querido evitar aquel enorme disgusto.

Anonadado bajo el peso de la situación que ya no tenía fuerzas de enfrentar, Jonathan fué al café de Lloyds a ahogar su pena en unos vasos de vino.

Polly lo esperaba, le esperaba sin esperanza, porque la muchachita sabía

bien que Jonathan estaba enamorado de otra mujer y de que nunca podría fijarse en ella, simple doncellita de un café popular. Pero Polly esperaba a Jonathan, porque era el único hombre que se había adueñado de su corazón.

Angerstein también le estaba esperando.

—El Almirantazgo ha accedido a ocernos convoyes de guerra para escoltar a los barcos mercantes—le dijo, al verle llegar, sintiendo que con ello daba una pena enorme al muchacho, pero creyéndose en el deber de ser él mismo quien le diera aquella noticia.

—¿De veras?... ¿El Almirantazgo ha cedido?... ¿Ha medido ya todo el valor que tiene esa decisión?

—Han sido pesados todos los pros y los contras y ha accedido—replica Angerstein, procurando fingir una gran serenidad.

—¿Y van a quitarle a Nelson parte de sus barcos? — pregunta Jonathan, sintiendo un profundo desaliento.

—La orden saldrá mañana... Es preciso que así sea, Jonathan... Comprendo que tú tienes razón y estoy en todo de parte tuya. Pero no podemos dejar perecer al comercio inglés...

—Y preferís que perezca toda Inglaterra... ¡Lucharé yo solo contra todos, pero lucharé!

—No podrás, Jonathan... aunque eres un hombre de mucho valor...

—Y vosotros sois todos unos cobardes—dice Jonathan, sintiendo que perdía todo su control—. Si Inglaterra se pierde seréis vosotros los que la habréis perdido... Pero yo seguiré luchando, aunque perezca en la lucha... ¡Nelson, te seguiré siempre, donde tú vayas!—exclama, mirando a lo lejos, como si todavía viera a su lado al muchacho con el que había sellado el pacto allá, en el pueblecito de Norfolk, hacía más de veinticinco años.

Sentóse Jonathan ante una mesa y hundió la cabeza entre las manos. Era demasiado grave lo que estaba pasando y él demasiado pequeño para luchar solo contra todos.

—¿Deseáis vuestro café de cada día? —le pregunta Polly acercándose a él y sentándose a su lado—. ¿Qué os pasa? ¿Tan preocupado estáis que ni siquiera abrís vuestro correo?... Yo os ayudo... No sé leer, de suerte que puedo abrir las cartas sin enteraros de su contenido... No podréis decir que soy indiscreta.

Polly fué entregando las cartas abiertas a Jonathan que las recorría con una mirada distraída. Sólo una puso un chispazo de luz en sus ojos.

—¿Es de una mujer?—pregunta Polly, con un deje amargo, encelada por la acogida que el muchacho da a aquella carta que a ella le parece ha de ser de una mujer.

Jonathan Blake no contesta. Lee con

interés creciente aquella carta que despierta en él nuevas energías.

"He sabido cómo luchas tú solo a favor mío—dice la carta—y me felicito de tener amigos fieles que velan desde lejos por mis intereses, que son los de la Patria. Sé que crees en la necesidad absoluta de un frente único y sólido que convierta a la Patria en inexpugnable. Aquel pacto de nuestra niñez se está realizando para decidir el destino de Inglaterra... ¡Sigueme sin recelos!... Yo obligaré a los franceses a pelear... tú mantente firme en tu auxilio, *cueste lo que cueste*. Desde lejos seguiré estimando en todo su valor la tarea que realizas en pro de nuestra amada Inglaterra, tu siempre leal amigo, Horacio Nelson."

Jonathan Blake dobló la carta con cuidado, se quedó en silencio un largo rato y repitió, como si hablara consigo mismo, en voz muy baja y muy lentamente, aquellas palabras que en la carta venían subrayadas:

—Cueste lo que cueste...

Y como si de pronto tuviera una inspiración se puso en pie, tomó su capa, cogió a Polly de la mano y le dijo:

—Mañana estaré enfermo todo el día y no veré a nadie... ¿entiendes? No quiero ver a nadie y quiero, en cambio, que todo el mundo sepa que estoy enfermo... ¿Tú me ayudarás?

—Lo juro... ¡por el amor que os tengo!—replica la moza con toda su candorosa ingenuidad.

* * *

Al día siguiente, temprano en la mañana, llegaba un mensaje desde Francia, trasladado a Inglaterra por el sistema inventado por Jonathan Blake, que decía así:

"18 octubre 1805.—Nelson derrota flota francesa en gran combate naval."

El mensaje fué recogido por la prensa e impreso en grueso caracteres en grandes pasquines que se pegaron en todas las esquinas.

La ciudad se volvía loca de júbilo. Se cerraron los comercios, se engala-

naron los balcones. La gente corría frenética por las calles al grito de:

—¡Viva Nelson! ¡Gloria a Inglaterra la inmortal!

En el café y en todas las dependencias del Lloyds el entusiasmo era mayor y más vehemente que en parte alguna, puesto que aquella noticia acababa con todos los sinsabores y todos los disgustos soportados hasta entonces a consecuencia de la guerra:

—¡Nelson ha derrotado a los franceses!

Esta era la frase que corría de boca en boca, la que ponía chispazos de luz en todos los ojos; la que daba alegría de nuevo a los corazones contristados por la violentísima situación creada por el constante hundimiento de buques mercantes que hacía cada vez más insostenible la vida de los negocios en Londres y aun en toda Inglaterra.

Angerstein besó a Jonathan por todas partes, loco de alegría, queriendo ser el primero en compartir con él la dicha inmensa que suponía el triunfo de la armada de Nelson, en el momento preciso en que todo iba a ser derribado por la maniobra de los enemigos de Jonathan.

—¿Dónde está mister Blake? — le preguntó a Polly, entrando precipitadamente en el café de Lloyds.

—No vendrá hoy aquí — replicó la doncella, evadiendo contestar directamente.

—¿Por qué?... ¿No te ha dicho nada?

—Está enfermo, señor, y me ha ordenado que nadie le molestara, porque se sentía mal.

—Es preciso ir al Almirantazgo. ¡Ya no necesitamos convoyes para custodiar la flota mercante!... ¡Ya ha logrado Blake su propósito! ¡Hurra!— gritaba el buen viejo, sintiendo renacer en él la alegría y la calma perdidas en aquellos últimos y penosísimos tiempos.

Polly le dejó marchar. Tenía conciencia de su deber. Había prometido a Blake que no diría a nadie más que lo que él le había indicado, pero estaba segura de que la enfermedad de Jonathan era alguna misión importante que el muchacho había ido a cumplir, exponiéndose a lo que fuera con tal de salir airoso de la misión. Y Polly, discreta, enamorada y buena, había sabido callar.

Al anochecer llegó Jonathan a su casa, con el rostro reflejando una extraña zozobra que no llegaba a dominar.

—¿Ha venido alguien a preguntar por mí?— preguntó a su lacayo.

Y ante la negativa de éste fué a encerrarse en su cuarto, insistiendo nuevamente:

—Venga quien venga hay que decir que estoy enfermo y que no recibo a nadie.

Momentos después llamaba con desesperación la pequeña Polly.

—Necesito ver con urgencia a mister Blake—dijo, entrando.

—Mister Blake está enfermo y ha dado orden de que no se le molestara.

—Necesito verle ahora mismo—dijo, sin hacer caso de las palabras del lacayo y corriendo al lugar donde Jonathan Blake se hallaba, paseando febrilmente como si una honda angustia le atenazara el alma.

—¡Mister Blake!... ¡Mister Blake!—gritó, entrando como una trumba en su habitación—. ¡Inglaterra está salvada!... ¡Y el Lloyds también!... ¡Lo ha dicho mister Angerstein! ¡Lo saben ya en el Almirantazgo! ¡Los socios de Lloyd os aclaman, están locos de tanta ventura!... ¡Oh, qué orgullo debéis sentir, Jonathan!...

—Sí, sí... — murmura Jonathan distraído, ausente, preocupado—. Trae vino y celebremos la victoria...

Polly se queda perpleja, siente de nuevo que algo extraño ocurre, y, mirando fijamente a Jonathan, le dice:

—Alguna confusión hay en todo eso, Jonathan... ¿Qué pasa?

—Desde que te has dado cuenta de que hay algo confuso... es que ya lo sabes todo, pequeña... pero no digas nada... ¡Bebamos por Nelson!

Y empuñando la copa brinda con la pequeña doncellita del Lloyds, se queda con la mirada fija en el vacío y susurra, como hablando consigo mismo:

—Nelson, busca a los franceses... lucha... triunfa... ¡Yo ya no puedo hacer más de lo que he hecho!

Pasaban las horas. En el Almirantazgo se esperaba con ansia la confirmación oficial de aquella noticia que había corrido por todo Londres y que las multitudes celebraban ya jubilosamente por calles y plazas en animadas manifestaciones. Pero la confirmación ansiada no llegaba.

Lord Stacy, que presentía algo confuso en todo aquello y que tenía odio personal a Jonathan Blake, porque había pedido más que él mismo influyendo en el ánimo de su esposa, miraba constantemente el reloj y decía:

—Esa noticia oficial no llega... ¿Cómo puede ser que tan señalada victoria no se haya confirmado ya?

Elisabet se mordía los labios hasta ensangrentarlos. Sentía ganas de llorar, angustia terrible en el alma, algo inenarrable que la hacía sufrir espantosamente.

—¿Cuándo te decidirás a pedir el divorcio? — seguía preguntando lord Stacy que estaba despechado desde que su mujer se había negado a aceptar el divorcio a cambio de entregarle todos sus bienes—. Si no te decides tú, me decidiré yo... Pediré yo el divorcio... y te uniré a ese traidor, a ese canalla que está jugando con su patria y se burla

del Gobierno y de la nación toda. ¡Yo te aseguro que si tú no me haces legación de todos tus bienes, haré ahorcar a ese bandido!...

Y así fué al Almirantazgo a predisponer el ánimo de todos los lores contra Jonathan Blake.

—Han pasado ya dos días y no se ha confirmado la noticia de la derrota de los franceses por la flota inglesa... ¿Qué sucede?

—Ha habido una gran tormenta y esto dificulta el paso de los buques por el canal... Por eso no tenemos noticias aún—contestó Angerstein que comenzaba a sentir también desconfianza de aquella noticia, pero que quería esperar contra toda esperanza.

—La tormenta no ha impedido la llegada de algunos barcos que estaban en Calais—insistió lord Stacy—. Aquí hay algo anormal, extraño... una deformación de los hechos que es preciso aclarar... La victoria de Nelson es deliberada ficción de Jonathan Blake... ¡Estoy seguro de ello!... El día en que iba a pedirse barcos a Nelson para que convoyaran a la flota mercante y protegieran el comercio de Inglaterra, vino la nueva de la victoria... ¿Quieren decirme, señores, dónde estuvo Jonathan Blake aquel día?

—Estaba enfermo—se apresura a replicar Angerstein defendiendo a su gran amigo.

—No lo estaba... Fué a Calais a enviar por sí mismo ese oprobioso mensaje... ¡Os pido, señores, que hagáis una investigación inmediata y que se comprueben los hechos! Yo, por mi parte, me he informado ya y tengo testigos de ello...

Tuvieron que doblegarse a la voluntad inquebrantable de aquel hombre que deseaba la ruina de Jonathan Blake, y Jonathan Blake fué llamado ante el Tribunal, compareciendo, al propio tiempo, el testigo propuesto por lord Stacy, que no era otro que el cochero que había llevado a Jonathan desde Londres a Dover, en donde éste había embarcado con rumbo a Calais.

—¿Conocéis a ese hombre?—preguntó Angerstein al cochero, mostrando a Jonathan Blake que se había negado a contestar al interrogatorio que se le hacía.

—Sí—replicó el cochero—, hace tres días que alquiló mi coche y se hizo trasladar a Dover... Allí embarcó rumbo a Calais.

Angerstein palideció. Hizo salir al testigo y, enfrentándose con Jonathan, le dijo con severidad:

—Has cometido delito de alta traición. ¿Sabes con qué está penada?

—Con la muerte—replicó Jonathan con la más profunda serenidad.

—¿No tienes nada que alegar en tu disculpa?

—Señor, sólo me queda por decir que estaré en mi casa a todas horas, a

disposición del juzgado, a disposición de lo que queráis hacer de mí—volvió a decir Jonathan con aquella serenidad que dominaba a todos los presentes.

Angerstein reflexionó hondamente. El caso era grave y no admitía precipitaciones. Conocía bien a Jonathan para juzgarle con rapidez por un hecho al que habría que llegar hasta el fondo para poder averiguar la verdad.

—Lo delicado del caso—dijo— es que obremos con la máxima prudencia.

—¿Prudencia? ¿Prudencia pedís cuando la nación entera ha sido víctima de una cruel burla? — exclamó Stacy perdiendo todo control de sí mismo—. ¡Exijo que ahora mismo se diga a todo el mundo la verdad!

—¿Qué verdad? — preguntó Angerstein con alma—. ¿La que vos me queréis imponer o la que yo conozco?... Hasta ahora no he comprobado esa verdad que vos dais por cierta...

—¡Si os negáis a denunciar a Jonathan Blake, le denunciaré yo a las autoridades competentes!...

—Haced como gustéis, pero tened en cuenta de que, de hacerlo así, os arruinaréis vos... y arruinaréis a vuestra esposa.

—¿A mi esposa? — preguntó Stacy, palideciendo.

—Sí... Vuestra esposa confió a Blake todo su caudal para que lo empleara en su sindicato de seguros marítimos... ¿No lo sabíais?... Creí que vuestra esposa os había enterado de ello—murmuró Angerstein, comprendiendo que había dado un paso en falso.

Lord Stacy no respondió nada. Tomó su sombrero y su bastón y salió precipitadamente.

* * *

Elisabet, al tener noticia indirecta de todo lo ocurrido, corrió a casa de Jonathan para sentirse una vez más cerca de aquel hombre que lo había dado todo por la Patria y que se había jugado la vida a una sola carta para salvar a su país de un desastre seguro.

—¡Oh, Elisabet! — exclamó Jona-

than cuando la vió llegar, estrechando contra sí aquel cuerpo delicioso que se entregaba a él con toda la vehemencia de su amor—. Jugué... y lo he perdido todo... ¡He perdido todo el dinero que tú me confiaste!... ¡Todo, hasta el último céntimo!...

—Amor mío, estoy orgullosa de haber jugado contigo... No me importa mi ruina... Pero me asusta tu muerte, Jonathan... ¡Yo no quiero que te arranquen de mis brazos!... ¡A tu lado seré feliz en cualquier parte!... ¡Huyamos antes de que te detengan!...

—No, Elisabet, yo no puedo huir... ¡No debo huir! — replicó Jonathan con energía.

—Jonathan... — murmuró Elisabet acariciando apasionadamente las mejillas de su amado—. Mírame... contéstame... ¿?le amas?

—¿No lo sabes tú, vida mía? ¡Te amo como jamás pensé que se podía amar!...

—Y... ¿no quieres salvarte... por mí?... Si tú mueres yo moriré de dolor... ¡No me dejes!... ¡No me dejes!...

En aquel momento sonó un disparo, y el cuerpo de Jonathan Blake, sostenido por el dulce lazo que en torno suyo hacían los brazos de la amada, se desmayó lentamente, y cayó al suelo, bañado en su propia sangre.

Lord Stacy entró en la habitación y miró a su mujer con una mirada de desdén, de burla, de venganza, de suprema ironía...

* * *

Unos días más tarde Jonathan Blake, tendido en su lecho de enfermo, oía apenas, a través de la modorra producida por la pérdida de sangre y la gravedad de la herida, los gritos que la multitud lanzaba en la calle, como si celebrase algo magno y maravilloso.

A la cabecera de su lecho estaban Angerstein y Elisabet, velando con angustia las horas difíciles que el enfermo atravesaba.

—¿Qué son esas voces? — murmuró Jonathan, entreabriendo los párpados.

—Celebran el acontecimiento de una

gran victoria—replicó Angerstein que tenía los ojos llenos de lágrimas.

—¿De una victoria?...

—Sí... de una victoria de verdad... de una victoria como tú la habías soñado—siguió diciendo Angerstein, emocionado hasta no poder balbucir las palabras.

Elisabet se acercó al viejo amigo de Jonathan, y le dijo, suplicante:

—Explícáselo todo... No he tenido valor para decírselo...

—Jonathan, amigo mío... La victoria que tú predijiste... ha llegado ya... ¡Inglaterra está salvada!

—¿Ha vencido Nelson? — preguntó Jonathan, cobrando nuevos ánimos—. ¡Ha vencido!... ¡Estaba seguro de que lo haría!... ¡Me escribió una carta diciendo que *costase lo que costase* lucharía yo siempre a su lado... y así lo hice!... ¡Ah, ésta es la recompensa de todos los sacrificios!... ¡Ahora volverá a casa... podré volver a verle... le explicaré lo que hice... y mi nombre será rehabilitado!... ¡Oh, salvas! — exclamó el enfermo, incorporándose en el lecho al oír los cañonazos que disparaban, no se sabía si en señal de gloria o en señal de duelo—. ¡Es él... él que vuelve!... ¡Quiero verle!

—Calma, amigo mío, calma — murmuró Angerstein, disimulando la honda tristeza que le embargaba.

Jonathan no tuvo calma. Saltó del lecho sostenido por Elisabet y Polly, que tampoco se había movido de la habitación del enfermo y había sido a todas horas una enfermera discreta y amante. Y se acercó a la ventana, sostenido siempre por aquellas dos mujeres que le habían entregado toda su alma, y entonces lo comprendió todo...

Por la avenida desfilaban los soldados de la Armada a paso de marcha fúnebre... Sonaban las trompetas con el triste alarido de las notas funerales... Sobre un armón de artillería iba el túmulo... y sobre él los distintivos del Almirante... ¡Era el entierro de Horacio Nelson caído a bordo de su buque almirante en la batalla de Trafalgar!

Jonathan palideció y tuvo que apoyarse más fuertemente en los dulces brazos que le sostenían.

—¡Ha vuelto a casa, Jonathan!...—dijo Angerstein, estrechándole la mano para darle ánimo.

—¡Cara te ha costado la victoria, Horacio! — suspiró Jonathan, dejando que las lágrimas le resbalaran por su rostro.

Y mientras veía desfilar el triste convoy, fué recordando en todos sus detalles la despedida de aquel día tan lejano ya, en que dos muchachitos sellaron un pacto que habían sabido cumplir heroicamente a través de toda su vida.

—¡Adiós, Horacio!... — murmuró Jonathan, saludando con la mano a la

visión lejana, mientras el armón de artillería se llevaba los restos de aquel gran hombre, gloria de Inglaterra.

Y le sobrecogió un nuevo desfallecimiento. Las dos mujeres le sostuvieron con fuerza.

—¡Oh, señor, señor, vivid... por ella! —exclamó Polly, mirando a Elisabet con simpatía y ternura.

—Gracias, amiga mía — murmuró Elisabet, estrechando la mano de aquella generosa muchachita que había sido desinteresada protectora del muchacho desde los tiempos más difíciles de su vida.

Y abrazando dulcemente a Jonathan Blake que se reponía de su desmayo, le dió un apasionado beso en los labios, como si con él quisiera infiltrarle su propia vida, aquella vida que ya no tenía razón de ser si no contaba con el amor y con el apoyo del hombre que todo lo había dado por amor a la Patria.

FIN

Números publicados

SERIE TRIUNFO

N.° 1 **Entre esposa y secretaria**
por Jean Harlow, Clark Gable y Myrna Loy

N.° 2 **El capitán Blood**
por Errol Flynn y Olivia de Havilland

N.° 3 **Prisionero del odio**
por Warner Baxter y Gloria Stuart

N.° 4 **Madre Alegría**
por Ana Leyva y Gaspar Campos

N.° 5 **Diego Corrientes**
por Pedro Terol

N.° 6 **Una chica de provincias**
por Janet Gaynor y Robert Taylor

N.° 7 **La esposa de su hermano**
por Robert Taylor y Bárbara Stanwyck

N.° 8 **Aula de señoritas**
por Simone Simon y Herbert Marshall

N.° 9 **Esposa anónima**
por Robert Taylor y Loretta Young

N.° 10 **Miguel Strogoff o El Correo del Zar**
por Adolfo Wohlbruck, Yvette Lebon y Charles Vanel

N.° 11 **Canción de Cuna**
por Dorotea Wieck

N.° 12 **Los pecados de los hombres**
por Jean Hersholt y Don Ameche

N.° 13 **Víspera de combate**
por Annabella y Victor Francen

N.° 14 **La contraseña**
por Robert Taylor y Bárbara Stanwyck

Serie Familiar

LA PEQUEÑA VIGIA, por Shirley Temple.

LA POBRE NIÑA RICA, por Shirley Temple.

Serie «Producción Nacional»

MARIQUILLA TERREMOTO, por Estrellita Castro.

EL RAYO, por Rafael L. Somoza, Mercedes Prendes.

LAS TRES GRACIAS, por Fuensanta Llorente, Carmen de Lucio y Luchy Soto.

LA LINDA BEATRIZ, por Emilia Altaga y Fernando de Granada.

LA CASA DE LA TROYA, por Tony de Algy e Isa de Navarra.

LA DOLORES, por Conchita Piquer.

SANTA ROGELIA, por Rafael Rivelles, Juan de Landa y Mimi Muñoz.

EL HUESPED DEL SEVILLANO, por Luis Sagi Vela y Marta Ruel.

LA GITANILLA, por Estrellita Castro, Juan de Orduña y Antonio Vico.

Fuera de serie

DIANA DURBIN. (Su vida y sus películas).

LA ROSA DESHOJADA. (Vida de Santa Teresita del Niño Jesús), por Jacqueline Farrell y el niño Gabriel Farguette.

LA BANDERA. (Legionarios del Tercio), por Annabella y Jean Gabin.

CANCIONERO DE ESPAÑA. (Recopilación de canciones de gran éxito).

CANCIONERO CRIOLLO. (Selección de canciones argentinas).

LA MADRE GUAPA, novelación de la obra teatral de Adolfo Torrado.